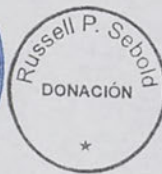


EL  
VALDEM  
2

DRPS  
FA  
1125



UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500772884

EL  
VALDEM

2

Ex Libris



Russell Perry Sebold, III



7 J

EL VALDEMARO.

POR

EL P. FR. VICENTE MARTINEZ  
COLOMER,

DE LA REGULAR OBSERVANCIA  
DE N. P. S. FRANCISCO DE LA  
PROVINCIA DE VALENCIA.

TOMO II.

SEGUNDA EDICION.



EN VALENCIA  
EN LA IMPRENTA DE JOSEPH DE ORGA.  
AÑO 1803.  
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

*Se hallará en la Librería de Mallen  
junto á San Martin.*

F4 DEPS FA/1125 0.2

0500772884

FOR

EL R. P. VICENTE M. L. M. S.

DE LA

DE LA

DE LA

DE LA

TOMO II.

TERCERA EDICION.

EN VALENCIA

EN LA IMPRIMERIA DE JOSEPH DE ORTIZ

EN EL AÑO DE 1803.

FOR LAS VENTAS DE

EN LA LIBRERIA DE

EN LA

[ 3 ]



## LIBRO V.

**D**ESPUES de haber con-  
cluido Andrónico su  
historia, solo pensaba  
Valdemaro en su par-  
tida. Las predicciones de Alber-  
to ya le parecian verdaderas, ya  
falsas; pero sin embargo de esta  
perplexidad, no dexaba de im-  
portunar á Andrónico para que  
saliesen de la isla. ¡ Ah, Valde-  
maro ( le dixo Andrónico ), y  
quánto me debeis, quando por

vuestra causa me separo de esta soledad amable, centro de mis inocentes delicias, que por tanto tiempo ha tenido presa mi libertad, mis pensamientos y mis deseos! ¡Oh deliciosa soledad! ¿con que ya no he de volver á verte?

A Dios, amada gruta; yo te agradezco el abrigo que me has dado por tanto tiempo, defendiéndome de la incomodidad de las estaciones. Prado ameno, delicioso cúmulo de maravillas, han fenecido ya para mí todos tus primores. Las flores y los frutos que brillan á competencia en tu recinto, los bellos matices que te hermosean, y todo tu brillante adorno, no serán ya mas el dulce encanto de mis sentidos.

Fuente tan pura como sabrosa, ya no apagarán mas mi sed tus cristalinas aguas. Hermosas ave-cillas, que tantas veces habeis lisonjeado mis oidos con vuestros suaves gorgoros, á Dios. Cenizas amables de Alberto, ya no vendré mas á reanimaros con la fuerza de mi imaginacion, ni mis ojos verterán mas lágrimas sobre vosotras. Y tú, ó lirio siempre verde, y siempre relator de la pureza de las costumbres de Alberto, á Dios: el cielo que ha hecho ya perpetua tu hermosura y tu verdor, quiera perpetuar tambien la belleza de este sitio, para que sea eterna la memoria de Alberto :: pero ¡ay de mí! Alberto no se eterniza por medio de unos monumentos pasa-

geros : él vive y vivirá para siempre en la region de la verdad. A Dios, Alberto ::: Soledad amable, déxame partir ; Dios quiere que posponga mi felicidad á la quietud de Valdemaro, y al sosiego de Dinamarca. De esta suerte partiéron de la gruta, y se embarcáron en la pequeña lancha que habia dexado Rosendo encallada en la arena.

Tres veces cubrió la noche con sus sombras la tierra, y aun no habian podido descubrir cosa alguna que les sirviera de consuelo. Sin embargo de que Valdemaro habia mostrado tener harto dispuesto su corazon para recibir con serenidad las desgracias y las prosperidades, apénas vió su débil barca en medio de una

inmensa llanura de agua, cuyos límites no podia descubrir la vista, comenzó á desfallecer, dexándose rendir á los violentos asaltos de la tristeza. No sabia mirar su navegacion sino por la parte de las desgracias, y estas, engrosándose mas en su fantasía, le hacian ver como inaccesibles las prosperidades que se le habian predicho. Iban ya desfalleciendo los brazos de todos con el continuo trabajo de los remos, y hallándose sin fuerzas para manejarlos, se viéron precisados á recogerlos, y dexar correr la barca á discrecion de las olas.

¡Cómo es posible que dexemos de perecer (dixo Valdemaro con voz moribunda)! Errantes, sin descubrir puerto alguno,



desfallecidos de fatigas ::: ¿ A esto se reducen las predicciones de Alberto ? Andrónico , amado Andrónico , enlazadme en vuestros ancianos brazos , muramos siquiera juntos : sentiré de esta suerte mucho ménos los rigores de la muerte que nos amenaza. Y ¿ por qué tan neciamente ( dixo Andrónico con voz fuerte ) desconfiais de la Providencia Suprema ? ¿ Son estos los esfuerzos que mostrabais ?

Apénas dixo , quando viéron venir hácia ellos un poderoso navío á velas tendidas. Alegráronse los corazones de todos , y Valdemaro impaciente , luego que llegó á término donde pudiesen ser oidas sus voces , exclamó : ó vos qualquiera que seais , gene-

roso Capitan , mirad con ojos compasivos á estos tres infelices extrañados por los mares en este débil barquichuelo ; compadeceos de nosotros , y recogednos en vuestra nave.

Dolióse el Capitan de las razones del jóven Valdemaro , y mandó que los subiesen al navío. ¿ Qué desventura , ó amables extranjeros ( les preguntó ) , qué desventura os ha obligado á fiar vuestras vidas á esa débil barca ? Desde una isla desierta ( respondió Andrónico ) partimos tres dias hace para la de Zelandia que es nuestra patria. Nuestros brazos cansados de manejar los pesados remos , é incapaces ya de oponer nuestra barca á la voluntad de las aguas y de los vientos , la

habian abandonado , é ibamos á perecer , si el cielo siempre compasivo no nos ofreciera vuestro navío. Quisiéramos hallarnos en mejor fortuna para poder recompensaros mas que con el agradecimiento el favor que acabais de hacernos. Mandó el Capitan que se les diera toda asistencia ; é inmediatamente se les preparó un abundante refresco para que recobrasen los desfallecidos espíritus.

Entre tanto , iba el Capitan mirando atentamente á Valdemaro , como quien repara en una persona que ha visto en otro tiempo , y no puede acordarse en dónde. Permitidme (le dixo) que os pregunte , ¿ si os acordais de haberme visto en alguna ocasion ?

¿ Habéis estado otra vez en este navío ? Despues de haber estado Valdemaro suspenso un breve rato , recorriendo con velocidad por todos los sucesos pasados , se levantó de improviso , y estrechando entre sus brazos al Capitan , le dixo : ¡ oh Capitan amable ! ¡ oh Parimando amoroso ! vos soís el que en otra ocasion recogisteis benignamente al infeliz Valdemaro. ¡ Qué fortuna ha sido para mí ver segunda vez á un varon tan pio y tan afable para con los desventurados ! Con no ménos regocijo de mi alma os vuelvo á ver , querido Valdemaro ( replicó el Capitan ) ; y tanto mas me alegra vuestra vista , quanto tenia por mas cierta vuestra muerte. O entre las garras de alguna fiera,

ó entre los precipicios de aquellos montes , donde os embreñasteis por dar caza á los venados que vimos sobre la costa , os contemplaba ya sin vida. Sin duda os habrán acontecido varios sucesos dignos de saberse ; yo deseo que me los refirais ; pero ahora mas estaréis para recobraros de vuestras fatigas. Así es (respondió Valdemaro) ; pero sin embargo , os satisfaré ahora si lo deseais. No , no quiero incomodaros (replicó el Capitan) : el sueño va cerrando ya los ojos de todos , y yo solo quiero ahora que descanséis. Levantóse al momento , y habiendo acomodado á Rosendo y á Andrónico en una habitacion , se llevó consigo á Valdemaro para colocarlo en otra

pequeña estancia inmediata á la suya ; y entre tanto le preguntó : ¿ quién es ese viejo que os acompaña ? Su noble fisonomía , la magestuosa gravedad de su talle , y el ayre desembarazado de sus acciones , me maravillan en extremo : no puedo dexar de mirarlo como un ilustre personage , aunque disimulado en la modestia y sencillez del trage. Lo es á la verdad (respondió Valdemaro). Quando me hallaba en mi patria en compañía de mis amados padres , logré tener por maestro á ese venerable anciano que os causa tanta admiracion. Su prudencia y su sabiduría sobrepujan excesivamente á su vejez. Por varios incidentes de fortuna , fué desterrado injustamente de su pa-

tria, yo le seguí tambien en ser desgraciado, y despues de muchos años que no lo habia visto, quiso el cielo que lo encontrara para mi consuelo en una isla desierta, donde llevaba su vida pacíficamente léjos de los artificios y engaños del mundo. Es muy larga la historia para que os la refiera ahora, mañana quedaréis informado de todo. Despidióse el Capitan, y Valdemaro se dispuso para dormir.

Comenzaba á extenderse el silencio por toda la nave: el sueño iba empleando sus perezosos atractivos en los marineros, y los iba sorprendiendo entre sus brazos: las embravecidas olas, no atreviéndose á interrumpir tan feliz quietud, calmáron de impro-

viso, y apénas besaban blandamente los costados de la nave: los furiosos vientos se retiráron, y vinieron los apacibles céfiros á jugar con las velas sin ruido: todo respiraba quietud, hasta el mismo Piloto iba cerrando dulcemente los ojos; quando Valdemaro, inquieto por ciertos desapacibles sueños que le atormentaban, no podia encontrar un instante de reposo. Ya le parecia que la nave iba á estrellarse irremediabilmente contra un escollo, ya se veia sumergido entre las olas, y que forcejando sin provecho por salir de ellas, se le pasmaban los miembros, é iba perdiendo por puntos el esfuerzo y la vida: ya le parecia verse separado de su amado Andrónico

en un país inculto é impracticable , metido en unos profundísimos valles desde donde apenas podia descubrir el cielo : ya se miraba traspasado de mil espadas , y exhalando últimamente su alma por una cruel herida, abierta al impulso feroz de su hermano Christerno.

Estos funestos sueños le tenían sumamente angustiado , y le oprimian de tal suerte el corazón, que apenas le dexaban respirar. Despertó despavorido y cubierto de un sudor frío que le corría por sus trémulos miembros , y no atreviéndose á dormir otra vez, temeroso de que se repitieran tan tristes fantasmas , se incorpora en el lecho para esperar de esta forma que amaneciese el nuevo día;

pero le pusieron en nuevo cuidado unas lastimosas quejas que salían por entre los resquicios de las tablas que dividian las estancias. No podia percibir las con distincion por mas que reprimia el aliento , porque se confundian con los sollozos de la misma persona que se lamentaba ; y arrojándose impaciente de la cama , se acerca á la parte por donde salian las voces , aplica el oído á las tablas , y oye que decian :

¡ Oh muger infeliz ! ¡ y cuán engañada vives ! Todos conspiran contra tu propia vida. Tus lágrimas que bastan para ablandar á las mismas rocas , se desprecian: ni el cielo se compadece de ellas, ni los hombres las atienden ; hasta la ingrata tierra parece que

huye por no recibirlas. ¿Aun tienes esperanza de restituirte á tu patria? ¿Cómo es posible! ¿Ay de mí! De una costa en otra, de uno en otro puerto, combatida de tormentas y de naufragios, hecha siempre juguete vil de la fortuna, sin poder llegar jamas al deseado puerto ::: ¿Tiranos astros! si se me negó la dicha de morir juntamente con mi padre ::: ¿Ay de mí infeliz! ¿Cómo no perecí en la pasada borrasca! No serí yo tan desdichada, que ni aun encuentro entre los hombres quien me compadezca. Pero á lo ménos; oh justos cielos! ¿no podiais concederme la fortuna de encontrar á mi hermano? Con él se me harian ménos duras estas penas que sufro; su compañía sua-

vizaria los rigores con que mi adversa suerte me maltrata.

Al paso que la muger incógnita se lamentaba, iba introduciéndosele á Valdemaro un dulce frio por sus agitadas venas. La tragedia de su padre Heroldo, la infamia de Christerno, las desgracias de Ulrica-Leonor, y sus pasados infortunios, se le acordaron en aquel instante mas vivamente que nunca; y reflexionando sobre las predicciones de Alberto, se para á dudar si sería ó no su hermana aquella persona que hablaba. He aquí un hombre, ó Señora qualquiera que seais (le dixo, pegando sus labios contra las tablas), que no sabrá ponderaros la lástima que le debeis. Si con mi vida pudiera dar ali-

vio á vuestros males, en este mismo instante lo tendrían. ¡ Qué es lo que escucho (dixo la muger)! ¿ Quién sois vos que tan compasivo os mostrais? Mas vos no os compadeceréis, nó; tal vez quereis burlaros de esta infeliz :: ó será quizás ilusion :: No es ilusion (interrumpió Valdemaro); ni tampoco soy alguno que quiera burlaros. Soy un infeliz perseguido como vos de la cruel desgracia, á quien compasivamente acogió ayer en este navío el Capitan que lo gobierna, como ya debeis saber. Nada sé de lo que me decis (respondió la muger); porque no quiero que á mis oídos llegue cosa alguna que no pueda servir de alimento á mi tristeza: las sombras y el silen-

cio de esta obscura estancia son mi mayor consuelo; pero si vos andais arrastrando tambien la cadena de las desgracias y mendigando socorros, ¿ cómo podeis ofrecer vuestra vida para mi remedio? Como tengo muchas veces experimentado el consuelo que siente un infeliz, quando encuentra quien se duela de sus males (respondió Valdemaro), no quiero privaros del alivio que os puede dar mi compasion. Decidme quién sois, y contadme vuestras desgracias, que yo no me arrepiento de haberos ofrecido mi vida para vuestro remedio. Bien os las contaria (dixo la muger) en recompensa de la lástima que mostrais tenerme; pero es muy larga la historia, y temo sean

oidas nuestras razones de alguno que no sepa lo que es ser infeliz. Mañana podeis buscar ocasion de hablarme , y os informaré de lo que deseais saber. No (añadió Valdemaro) , no puede sufrir mi curiosidad tanta dilacion. Nadie hay ahora que nos escuche : con libertad podeis contarme vuestros infortunios. En vano os cansais , caballero ( replicó la muger ). Mis desgracias :: No quiero importaros , Señora ( interrumpió Valdemaro ). Reprimiré mis deseos hasta mañana ; pero ahora decidme á lo ménos : ¿ sois por ventura Ulrica-Leonor , hija de Heroldo Rey que fué de Dinamarca , y hermana de Christerno que actualmente reyna ? ¿ Extraña pregunta ( dixo la mu-

ger ) ! ¿ Cómo puedo yo ser esa que vos decis ? Si lo fuera , ¿ me hallaria en tan funesta situacion ? Mucho debe interesaros el hallazgo de esa Señora. A lo ménos ( dixo Valdemaro ) creo que en verla solamente , se habia de quebrantar la enorme cadena de infelicitades que me oprime. Pues si tanto esperais de sola su vista ( prosiguió la muger ) , idos á buscarla allá entre las ricas estancias de su palacio , y no aquí entre las desacomodadas habitaciones de una nave. ¡ Ah , Señora , que esa Ulrica-Leonor por quien pregunto ( replicó Valdemaro ) , no se halla entre las delicias de su palacio ! Tal vez debe verse en estado mas miserable que el vuestro. Mas miserable , no es posi-



ble (dixo la muger): me serviria de mucho alivio solo el pensar que hay Señoras de igual calidad, á quienes como á mí persiguen tambien los infortunios. Pues no lo dúdeis (replicó Valdemaro); sé ciertamente quán maltratada de la fortuna se halla Ulrica-Leonor. ¡Oxalá que sus desgracias no fuesen tan crueles! ¡Ah! (exclamó la muger) crue-lísimas son las que sufre esa Señora. Pues ¿qué la conocéis por ventura (preguntó Valdemaro, nuevamente sobresaltado)? Sí (respondió); y tambien á un hermano suyo llamado Valdemaro, que corre no desigual fortuna. Y ¿sabeis en qué parte se halla ese Valdemaro (preguntó él mismo)? Esa es mi mayor pe-

na (respondió). Si yo lo supiera ::: ¡triste de mí! ¡qué martirio es este! á lo ménos seria yo la primera que llevaria á Ulrica-Leonor la noticia del hallazgo de su hermano; y en albricias de tan alegres nuevas, ¿qué podria yo pedir que no me fuese concedido? ¿Luego sabeis vos dónde está Ulrica-Leonor (preguntó Valdemaro)? Lo sé (respondió); y os lo diria, si supiera con quién hablo; pero no quiero fiar secreto tan importante á una persona que me ofreció el acaso. Y si os dixera yo en qué parte se halla Valdemaro (dixo él mismo), ¿me diriais en dónde está Ulrica-Leonor? ¡Cómo! ¿Qué vos lo conocéis (preguntó la muger)? No hace mucho tiempo que lo he

visto ( respondió Valdemaro ). Amable extranjero , ¿ qué es lo que me decis ( exclamó la muger ) ! ¿ Dónde lo visteis ? ¿ está en salvo ? ¿ ay de mí ! ¿ se acuerda de su hermana ? ¿ ha olvidado por ventura los favores de que le es deudor ? ¿ Cómo no acude á remediarla ? ¿ Acaso se ha extinguido ya en él aquella llama que el natural amor enciende en el pecho de un hermano ? ¿ Qué me respondeis , extranjero ? Decídmelo por quien sois ; así logreis consuelo en todos vuestros males ; yo os diré donde está Ulrica-Leonor.

No podia Valdemaro fixar su incertidumbre. Hacíase fuerza para creer que aquella persona con quien hablaba era su hermana;

pero como se contemplaba tan desgraciado , no osaba prometerse tan feliz ventura. El tono de la voz , la dulzura de sus palabras , las predicciones de Alberto , todo le incitaba á creerlo , pero la poca seguridad que tenia de su fortuna , le retraia y le dexaba incierto ; y en este interior combate le floxeaban las rodillas , el corazon no le cabia en el pecho , un sordo temblor corría por sus miembros , y casi no podia respirar. Pero haciendo una breve pausa para serenarse , dixo : si yo , Señora , os dixera , que este infeliz que os está hablando , es ese mismo Valdemaro por quien preguntais , ¿ lo creeriais ? ¿ Quién ? yo ? ( dixo la muger ). Sabed que si ántes me obli-

gabais con vuestra afectada compasion, ya me irritais ahora con vuestras indiscretas burlas. A una muger infeliz no se la debe agravar :: ¿Yo burlaros, Señora (interrumpió Valdemaro)? Hacedme mas favor, Señora; creedme, no lo dudeis, yo soy el infeliz Valdemaro: guardadme el secreto. Ayer llegué á esta nave en compañía de Andrónico, primer Ministro que fué quando reynaba mi padre, y de Rosendo, el mismo que arrancó á mi hermana de los brazos de un insolente que queria triunfar de su resistencia. Así supiera yo dónde está Ulrica-Leonor, como es verdad quanto acabo de deciros. ¡Justos cielos! ¿qué es lo que por mí pasa (dixo la mager)? Val-

demaro, hermano mio Valdemaro, ved aquí á vuestra hermana Ulrica-Leonor.

Como el generoso can que yendo largo tiempo en busca de su amo, si llega á percibir que está oculto en alguna casa, grita, da tristes latidos, corre impaciente por el rededor de ella, rasca la puerta y no sosiega hasta que le abran; así le sucedió á Valdemaro quando supo que aquella era su hermana. Quería pasar inmediatamente á su estancia; pero pareciéndole que no podria llegar tan presto como deseaba, queria romper las tablas que dividian las habitaciones. Corria de una parte á otra del aposento sin saber adonde acudir; buscaba la puerta y no

podia encontrarla , y de esta suerte embarazándose en su misma priesa , no podia executar nada, hasta que comenzó á dar voces diciendo : ¿ en dónde está mi hermana ? ¿ en qué habitacion la teneis , valeroso Capitan ? ¿ qué dilacion es esta ! El Capitan , que estaba inmediato á la estancia de Valdemaro , se levanta despavorido , Andrónico y Rosendo despiertan no ménos confusos , y consiguientemente se alborotan todos los de la nave ; pero viendo el Capitan que ninguno sabia dar razon del alboroto , mandó que se sosegasen todos. Al instante calmó la confusion , y comenzó á introducirse otra vez el silencio. El Capitan , Andrónico y Rosendo , rezelándose de alguna

novedad sucedida en Valdemaro, entraron en su estancia y lo vieron caido sobre el lecho , anegado en lágrimas y casi desfallecido de congoja. Sorprehendióles la novedad , y adelantándose Andrónico á tomarle por el brazo, oyeron que decia : ¿ es posible que ni aun se me permita que sus ojos sean testigos de mis lágrimas ! ¿ Qué rigor es este ! Que haya de ser yo tan desgraciado, dulce hermana mia , que teniéndote en este mismo navío , no logre el consuelo de verte , de abrazarte ::: ¡ ay de mí ! Andrónico ::: ¿ qué angustia ! ¿ Vos , ó Capitan , la teneis en vuestro poder y la negais á mis ojos ? No seais tan cruel. Un recio desmayo que le sobrevino de nuevo , puso fin

á sus razones , y en confusion á los que le escuchaban.

En tanto que se tomaban las disposiciones para que se recobrase , preguntó Andrónico al Capitan : ¿ teneis en vuestro poder, ó Señor , á la hermana de Valdemaro ? Quatro dias hace ( respondió el Capitan ) acogí en este navío á una muger jóven y extremadamente hermosa que hallé sobre la punta de una pequeña isla : la qual , despues de haberme mostrado su agradecimiento con expresivas razones , me rogó que la dexase sola en la parte mas retirada de la nave , donde ni aun tuviera el consuelo de ver la luz. Yo , con mas compasion que la que ella misma se tenia , la acomodé en un pequeño

apartamento inmediato á este en que ahora estamos ; pero solo he podido saber que es de la Ciudad de Copenague , y que se llama Ulrica-Leonor. ¡ Oh sábia providencia del Altísimo ( exclamó Andrónico ) ! Esa misma es , ó Capitan , esa misma es la hermana de Valdemaro. Mirad , ó Rosendo , como se van cumpliendo puntualmente los vaticinios de Alberto.

Entráron luego en la habitacion donde estaba Ulrica-Leonor , y la encontráron desmayada en el lecho , y enteramente vestida , porque su dolor no permitia que ni aun para dormir se desnudase. Presto conociéron Andrónico y Rosendo que aquella era Ulrica-Leonor , porque ni la fuerza de

sus desastres, ni la violencia del desmayo habian podido robarle al rostro las gracias de que la dotó la naturaleza; ántes parece que sus cabellos graciosamente desaliñados, el amoroso desmayo que se veia expresado en su rostro, la languidez que ocupaba todos sus miembros, y las lágrimas que le corrian por las mexillas, daban un nuevo realce á su hermosura. Cogiéronla modestamente entre los brazos, y la llevaron á la habitacion del Capitan adonde habian ya conducido á Valdemaro.

Este fué el que se restableció primero; y viendo que su hermana todavía no estaba recobrada, la enlaza afectuosamente entre sus brazos, le baña el rostro

con sus lágrimas, y la restablece á breve rato. Abrió floxamente sus hermosos ojos, y fixándolos en los de su hermano, dice: ¿sois vos mi hermano Valdemaro? ¿sois vos? ¿Con que soy yo tan dichosa que os vuelvo á ver, que os hablo, que os estrecho entre mis brazos? ¡Oh dulce esperanza mia! ¿No sois alguna vana sombra que venga á burlar mis sentidos? ¡Ay, que yo rezelo mucho de mi fortuna! Yo soy, amada hermana mia, yo soy Valdemaro (dixo él mismo); yo soy vuestro hermano Valdemaro: piadoso el cielo ha querido unirnos al cabo de tanto tiempo que nos separó la cruel desgracia, y puesto que no nos conduzca al deseado fin, nos concede á lo ménos la dicha de

que padezcamos juntos. Andrónico, el sabio Andrónico que logramos tener en nuestra compañía, hará ménos sensibles las penas que puedan sobrevenirnos; y Rosendo, á quien sois deudora de vuestro honor y de vuestra vida, procurará tambien consolar-nos en nuestras aflicciones.

No pudo Ulrica-Leonor proferir palabra alguna, porque se lo impedían sus continuos sollozos; solamente volvía á una y otra parte sus ojos empañados de lágrimas, para encontrar al sabio Andrónico y á su libertador Rosendo. Al instante conoció á este, pero jamas pudo conocer á Andrónico, porque el nuevo traje y su larga encanecida barba, no permitían que fuese conocido:

lo qual visto por él, dixo con una tierna sonrisa: no tengo yo, Señora, ménos parte que vos en la fortuna que acaba de llenar los deseos de ambos hermanos. Sí: Andrónico, aquel Andrónico que conocisteis en la casa de vuestro padre, no se lisonjea poco con la alegría que ofrece el feliz encuentro de dos hermanos que tanto tiempo ha se lloran perdidos.

Aquí comenzáron otra vez á enrasarse en lágrimas los ojos de Valdemaro y de Ulrica-Leonor; pero Andrónico no dexó de proseguir, diciendo: ya sé que el amor que os ha unido en el seno de una misma madre, que los vínculos del cariño que siempre os han tenido dulcemente enla-

zados , no permiten que reprimais el gozo que en este lance inunda vuestros corazones. La alegría de vuestras almas debe ser imponderable : pero es preciso que sepamos desfrutarla con moderacion , para que no seamos confundidos , ni se vea mezclada la necedad en nuestras acciones. Tan peligroso es dexarnos oprimir de una excesiva tristeza , como dexarnos arrebatat de una extremada alegría : la moderacion es la que debe regular siempre nuestros afectos. De esta suerte se cumplirán puntualmente los presagios de Alberto , que ya comienzan á efectuarse.

Así habló Andrónico : y despues de haber mostrado Ulrica-Leonor con las mas afectuosas ex-

presiones , el contento que le causaba tan feliz hallazgo ; y despues de haberle repetido á Rosendo los ofrecimientos que le habia hecho en otro tiempo , prorumpió Valdemaro en estas razones : ya es tiempo , hermana mia , que desahogueis vuestro corazon , y comenceis á respirar con desembarazo. Estoy impaciente por saber qué funestos accidentes os obligáron á dexar vuestra casa , y andar tanto tiempo errante. Nuestro Capitan se alegrará tambien de saberlo , Andrónico lo desea , y á estos caballeros que nos honran con su compañía , no les será desagradable. Así es ( dixo el Capitan ) todos nos alegraremos de saber los varios accidentes que habrán acontecido á vuestra her-



mana en el tiempo de su navegacion ; no ménos que los que os habrán acaecido á vos desde que faltais de este navío. Satisfaré gustosamente vuestros deseos (respondió Valdemaro) , luego que mi hermana nos haya dado relacion de sus aventuras. Voy á referirlas (dixo Ulrica-Leonor) , por complacer á tan ilustre asamblea : y luego que estuvieron atentos los ánimos de todos , comenzó su historia en esta forma.

Quisiera poder referiros mis desgracias , sin reproducir en vuestra memoria aquellos borrascosos tiempos , en que llevado mi hermano Christerno de la furiosa ambicion del cetro , dió alevosamente la muerte á su padre Heroldo , y atribuyó la negra mancha

del parricidio á su hermano Valdemaro.

Aquí comenzó á extenderse por la asamblea un sordo murmurio que impuso silencio á Ulrica-Leonor. La admiracion se dexó ver al instante en los rostros de todos. Mirábanse asombrados unos á otros ; y colgados de una maravillosa suspension , ninguno se atrevia á hablar : Valdemaro miraba á Andrónico , Andrónico observaba á Valdemaro , Ulrica-Leonor notaba la admiracion de todos , y adivinando la causa , dixo con ayre desembarazado : caballeros , encerrad en los mas ocultos retretes de vuestro corazon lo que acabais de oir ; no permitais que se trasluzca por ningun término. Pensaba que mi

hermano os habria informado ya de nuestra calidad , pero por vuestra suspension he conocido que todavía estais ignorantes de ella. No me arrepiento de habéroslo manifestado , porque sé que vuestra nobleza sabrá cuánto importa guardar los secretos que se os confian.

Ninguno de vosotros , ó caballeros (dixo entonces Andrónico , sin dar lugar á que ninguno hablase ) , dexará de saber á qué extremos puede llegar una furiosa ambicion. El dulce fuego que se oculta en las venas de dos hermanos , no arde tranquilamente, devora con furor quando están penetrados de una ciega ambicion. Aun no he dicho bastante : un hijo ambicioso derramará

cruelmente la preciosa sangre de su padre para apagar con ella su rabiosa sed. No es menester que tendamos la vista sobre los tiempos pasados para la confirmacion de esta verdad : Dinamarca está haciendo prueba bien costosa de ella : Christerno hermano de Valdemaro y de Ulrica-Leonor , nos sirve de exemplar. No encontrando mas medio para subir al trono , que el que le aconsejaba su loca ambicion , dió la muerte á su padre Heroldo , y arrebató la corona que iba derechamente á ceñir las sienes de Valdemaro, atribuyéndole por último la infamia del parricidio. Ved ahí , ó caballeros , el origen de las desgracias de estos dos hermanos , el principio de mis infortunios , y

la causa del desorden que experimenta el reyno. Valdemaro nos hará el gusto de referir la historia.

Todos los que estaban escuchando quedaron sorprendidos de la admiracion. Sus corazones se enternecieron, y se sintieron íntimamente penetrados de una respetuosa sumision hácia Valdemaro y Ulrica-Leonor: sumision que procuraron manifestar con bien expresivas demostraciones. Inmediatamente comenzó Valdemaro su historia. Contó la muerte que envuelta en veneno le dió á su padre entre las delicias de un convite, el Mayordomo cohechado por Christerno; la enorme maldad de ponerlo preso secretamente para atribuirle el infame crí-

men del parricidio, los desórdenes sucedidos en el pueblo, el destierro de Andrónico y de otros zelosos Ministros, los trabajos que padeció en la cárcel, el modo con que su hermana le puso en libertad, el naufragio que padeció, el arribo á la primera isla, y como fué acogido en el mismo navío. Sucesivamente contó lo que le acaeció en la quinta de Gesner, el modo con que llegó á la isla donde estaba Andrónico, las maravillas que le refirió de Alberto, la partida de la isla á causa de sus predicciones, y quanto le aconteció hasta que fué recogido en el navío.

Despues que Ulrica-Leonor enxugó las lágrimas que le hicieron derramar los sucesos de su her-

mano, dió principio á su historia en esta forma. No tardó á saber Christerno la libertad de Valdemaro; y rezelando que Ragnan y otros caballeros de superior nota habian cooperado á ella, los condenó á la misma cárcel que sufrió Valdemaro. ¿Qué fortuna podia caberme, quando era yo la principal aurora de su libertad? Sujeta al capricho feroz de un infame parricida, viéndole burlar mis suspiros, y maldecir las lágrimas que me arrancaban la muerte de mi padre y la desgracia de mi hermano, ¿cómo podia esperar otra cosa que martirios y tormentos?

Llegó á tal extremo la indignacion de Christerno, que me ví forzada á dexar el palacio. Or-

dené secretamente que se aderezase una nave para que me conduxera á la Suecia, adonde, como sabeis, habia enviado á mi hermano. Embarquéme con felicidad entre el silencio y tinieblas de la noche. Mis deseos no podian prometerse navegacion mas tranquila, que la que nos concedia el cielo. No me cansaba de darle gracias, porque me habia dado lugar para apartarme de un hermano que se alimentaba de crueldades y delitos, y que prontamente habria bañado sus feroces manos con mi sangre. Pero ¡triste de mí! Christerno supo inmediatamente mi huida, y rabiendo de corage, despachó al siguiente dia una nave con ordenes dirigidas al Comandante de

mi navío , para que al recibo de ellas tomase la vuelta para Copenague.

Una breve detencion que hicimos para dar algunos reparos á nuestro navío , dió lugar á que nos alcanzase el enviado por Christerno. Comandábale Brunswick, hombre adulator que , conformándose vilmente con el genio de mi hermano , se habia sabido ganar su afecto ; y solícito en hallar nuevos modos con que agradarle , venia resuelto á poner en práctica su violenta providencia ; pareciéndole , que de qualquier suerte que lograse conducirme á Copenague , se grangearía nuevas recomendaciones para su privanza.

Publicó inmediatamente la

órden que llevaba , y el Capitan de mi navío , despues de haber consultado conmigo , y sondeado los ánimos de su gente , respondió con intrepidez , que de ninguna manera torceria su destino : y que todos los suyos estaban resueltos á ofrecer sus vidas al rigor de las espadas , ántes que abandonar á Ulrica-Leonor á la furia de su hermano.

Esta respuesta llenó de temor y confusion á Brunswick , y sin resolver , se volvió á su navío á tomar consejo. Los de nuestra nave quedáron con cuidado para observar los movimientos de los contrarios , y quando esperábamos señal para el combate , notamos que la discordia se habia apoderado ya de los ánimos de

todos ellos. Desde el borde de nuestra nave estábamos mirando el sangriento destrozo que hacia la muerte. ¡Qué horror! Por huir del furor de las espadas, cuyos violentos golpes oíamos no sin dolor, se arrojaban al agua muchos de los combatientes. ¡Quántos cuerpos truncos vimos caer precipitadamente en el mar! ¡Quántos cubiertos de sangre iban vanamente luchando con las olas! Yo misma ví á un jóven bizarro atravesar con su espada el pecho de Brunswick.

Muerto este, se cubrió el navío de un pavoroso silencio; solamente se percibían agudos gritos y lastimosos ayes. Abordamos á él, y vimos los funestos estragos de la revolucion. Toda la

cubierta estaba llena de heridos: unos partida la cabeza, y caida la mitad sobre el pecho: otros se revolcaban desesperados, forcejando inútilmente por arrancarse la espada que todavía tenían atravesada: qual estaba vomitando sangre por narices y boca, y qual tenía cortados los brazos inhumanamente. ¡Ay de mí! Mi corazón desfallecia con la vista de tan sangriento espectáculo; y la memoria de Christerno que lo habia ocasionado me llenaba de indignacion.

Entre los pocos que habian quedado exêntos de los golpes de las espadas, era uno el jóven que mató al Capitan. Llamábase Federico, y doblando la rodilla, me dixo con gentil desembarazo: po-

deis, Señora, seguir vuestro destino con seguridad. Ya no existe ese enemigo de vuestro descanso, ni ninguno de los infames aduladores que le seguian. Yo fuí el primero que me opuse abiertamente á la resolucion que queria tomar de combatir con vuestro navío, para poder llevaros con vida ó sin ella á la presencia de vuestro hermano. Los que se preciaban de nobles y de leales, desenvaynaron al instante la espada para defender vuestra causa y la mia: los contrarios, infame y cobarde chusma de aduladores, empuñaron tambien la suya para defender á su Capitan; y ved ahí cómo se excitó el choque, cuyas funestas resultas estais mirando. Estas pocas reliquias

que ha perdonado el furor de las espadas, están prontas para executar quanto dispusiereis, y no dudarán de ofrecerse al fuego ni al hierro para salvar vuestra vida.

Agradóme el ayre y el desembarazo del mancebo, y agradecida á su generosa accion, mandé que limpiasen el navío, y que se dispusiesen para acompañarme. Repartida la gente en los dos navíos, y habiendo mandado á Federico que se pasara al mio, nos hicimos á la vela contentos y satisfechos de la victoria: pero ¡ay de mí, que fué muy funesta para todos! parece que desde entónces se conjuró el cielo contra nosotros. Una furiosa borrasca transportó la nave que nos acompañaba adonde no la vi-

mos jamas , y la que conducia á esta desdichada , anduvo dos dias abandonada al viento y á las olas. ¡ Quántas veces nos vimos á pique de anegarnos ! Toda la industria de los marineros no fué bastante para resistir á la violencia de la tempestad ; y se rindiéron finalmente , faltos de fuerzas y de esperanzas de salvarse.

¡ Justos cielos (decia yo) ! ¿ Qué delito ha cometido contra vosotros esta infeliz , para que así la lleveis errante por estos borrascosos mares ? El pérfido Christerno ha de estar colmado de delicias y placeres en su palacio , y esta desventurada , que no tiene mas culpa que haber sido compasiva con su hermano Valde-

ro , ¿ ha de ser tan tenazmente perseguida ?

¡ Infelice de mí ! estas voces parece que no saliéron de mi pecho sino para irritar mas la cólera de los cielos. Apénas acabé de proferirlas , quando un furioso uracan arrebató la nave y la estrelló contra unas rocas. Hubiera yo perecido irremediabilmente , si Federico que pudo asirse de una dilatada tabla , no me hubiera socorrido : pero á pesar de esta fortuna , yo no sentia en mi corazon ninguna esperanza de salvarme. La borrasca , léjos de serenarse , se enfurecia , y en vez de acercarnos á tierra , nos engolfábamos mas. En vano procuraba Federico infundirme nuevas esperanzas ; yo no podia



mirar sino la cruel muerte que me amenazaba.

Mas ¡ oh Providencia inescrutable ! despues de haber sido todo aquel día infeliz juguete de los vientos y de las aguas , llegamos á las costas de Alemania. Ya no era tan furiosa la borrasca , el viento soplaba mas moderado , y las olas se movian con mas suavidad. Comenzáron á disiparse los nublados que obscurecian el cielo , el sol iba extendiendo por el horizonte sus dorados rayos , y nosotros llegamos en fin á poner los pies sobre la enxuta arena.

Aunque fué imponderable nuestra alegría , no tardó mucho á sobrecogernos la amarga tristeza , viéndonos en un parage desierto,

sin recurso alguno para reforzar la debilidad de nuestros cuerpos. Queriamos subir á la cumbre de un montecillo para ver si descubririamos alguna choza donde abrigarnos , pero nos hallábamnos sin fuerzas para ejecutarlo , porque apénas podiamos dar paso sin dolor. Si Federico mas intrépido no hubiera tenido valor para subir , hubiéramos perecido sin remedio aquella noche : pero habiendo descubierto una llanura bastante dilatada , y poblada de algunas caserías y otras rústicas habitaciones , nos encaminamos hácia ella.

Llegamos á una quinta bellamente situada , donde para suavizar con las delicias del campo las tristezas de su viudez , vivia

con su familia una Señora llamada Casimira. Al punto que entrábamos en una grande plaza cercada de pomposos árboles que habia enfrente de la puerta, salia una Señora, en cuyo rostro brillaban á competencia las gracias de la juventud y los hechizos de la hermosura. Cubríale la cabeza un pequeño sombrero de color azul, ceñido de un rico cintillo de diamantes, y guarnecido por una parte de trémulos penachos que ofrecian una hermosísima vista: llevaba en la mano derecha con gentil donayre un delgado palo de marfil, y en la izquierda un ramillete de exquisitas flores: circunstancias que añadian un nuevo esplendor á la elegancia de su talle. Llamábase Nar-

cisa, y era la hija de Casimira, que en compañía de dos criadas estaba ya para salir á la ordinaria diversion del paseo.

Si os mueven á compasion, ó Señora (le dixé), los infelices que gimen baxo el peso de una cruel fortuna, muévaos esta desdichada hija del muerto Heroldo Rey de Dinamarca: así conserve el cielo largos años vuestra gentileza. Quedó Narcisa admirada, y tomándome por la mano, me dixo enternecida: aunque no fuerais la que decis, os socorreria con la mayor complacencia: bástame veros reducida á tan infeliz situacion.

Llevónos á una hermosísima sala donde estaba Casimira su madre. Era una Señora todavía bas-

tante jóven, y en su rostro se descubrian aun algunos rasgos de hermosura: su vestido era llano y modesto, de color obscuro, con que mostraba el desprecio que hacia de los vanos adornos, y quán rigurosamente observaba las estrechas leyes de la viudez. Estaba entónces con la aguja en la mano, enseñando á bordar á una tropilla de jóvenes doncellas vasallas suyas, y habitantes en las caserías comarcanas.

Aquí os traigo, madre mia (le dixo), el presente que mas lisonjea vuestro corazon. Podeis exercitar vuestra noble conmisericordia en estos dos infelices que acaban de llegar á nuestras puertas á pedir socorro; y si supierais la calidad de sus personas,

aun se excitaria mas vivamente vuestra compasion. Bástame saber, ó hija, que son infelices (respondió Casimira). Los infelices siempre encontrarán abrigo en mi pecho. Vuestro hermano tal vez se debe hallar ahora en situacion no ménos funesta. ¡Ay de mí! dulce hijo mio :::

Un arroyo de amorosas lágrimas comenzó á correr entónces por los rostros de madre é hija. Los suspiros que tiernamente despedian, no daban libre salida á las palabras, y se viéron obligadas á callar por un breve rato; pero de allí á poco nos dixo Casimira: sosegaos, hijos mios, y descansad de vuestras fatigas, que en mí hallaréis una madre que sabrá consolaros. ¿Sois her-

manos por ventura? No Señora, no lo somos (le respondí). Este es un Caballero á quien soy deudora de la vida que desfruto, y yo soy la desdichada Ulrica-Leonor, hija de Heroldo Rey que fué de Dinamarca, y hermana de Christerno que actualmente reyna. No lo dudeis; el cielo corte en este instante el hilo de mi vida, si no es verdad lo que acabais de oír.

¿Podré ponderaros los efectos que causaron mis palabras en los delicados corazones de aquellas Señoras? La compasion y el respeto andaban en ellas á porfia, y ambas solícitas iban dando órdenes á las criadas para que dispusiesen quanto podia conducir á nuestro regalo. Al instante nos

hicieron mudar los vestidos que llevábamos mojados; é inmediatamente nos fué preparada una sabrosa y abundante comida.

En el discurso de ella me iba preguntando Casimira con discreta sagacidad el origen de mis infortunios, y los lances que me habian acontecido en el tiempo de mi navegacion; y yo sucesivamente le iba dando razon de todo lo que habeis oido hasta este punto. Pensaba ser yo la única (me dixo) que con mas motivo podia quejarse de su fortuna, pero ya veo mi engaño. En breve tiempo perdí un hijo á quien amaba tiernamente, y un esposo que era el único apoyo de mis cuidados; pero á lo ménos me ha conservado el cielo en mi pro-

pia casa , en donde no me falta mas que la posesion de las dos prendas que lloro. Mis criados me sirven con fidelidad , y me aman con ternura ; y la compañía dulce de esta hija que me ha quedado ; suaviza los sentimientos de la muerte del esposo, y los rigores de la pérdida del hijo. Pero vos , ó Señora , sois mucho mas infeliz. Perseguida de vuestro mismo hermano , y abrumada con el peso de tantos desastres , no encontrais donde fixar el pie con libertad , y gozar tranquilamente de la vida que os ha conservado el cielo. Mas ya podeis , Señora , vivir sosegada : estad segura de que esta, desde hoy ya vuestra casa , os será mas agradable de lo que os

ha sido vuestro palacio. Contadme por vuestra amiga , ó por vuestra criada ; en lo demas podeis mandar como á Señora que os hago desde ahora. Ese Caballero á quien debeis la vida , como habeis dicho , quiero que me sea tambien deudor de los ofrecimientos que con toda la sinceridad de mi corazon os acabo de hacer : así conceda el cielo á mi hijo comodidad igual en donde quiera que se halle.

No pudo aquí Casimira reprimir las lágrimas. La relacion de mis infortunios le representaba tal vez los que debia de sufrir su hijo , y esta funesta imágen le tenia sin consuelo. En el mismo dia ( me dixo sollozando ) que contaba mi hijo los dos años de

su edad , dí á luz á Narcisa que es esta que teneis en vuestra presencia : pero el cielo , sea que no supe desfrutar con moderacion el placer que me causaban mis dos hijos , sea que quiso castigar alguna oculta ofensa que le hice , me privó en breve tiempo de la compañía del esposo , y de la vista del hijo. Mi esposo fué muerto en una sedicion civil que hubo en Stetin , donde nosotros residíamos entónces , y mi hijo siendo de edad de ocho años , desapareció de casa. Este fué para mí el dia mas amargo. La pérdida del hijo reproduxo mas vivamente la muerte del esposo , y en aquel mismo dia parece que acababa de perder á entrambos. Ningunas diligencias fuéron bas-

tantes para encontrar al perdido hijo , ni tampoco fuéron suficientes las reflexiones más serias para consolarme. Entregada continuamente al llanto y al dolor , no podia hallar momento de quietud , hasta que resolví retirarme á esta agradable porcion de tierra , donde ha quince años que habito con mas serenidad de espíritu.

¿ Y sabréis decirnos , Señora (preguntó Federico) , de qué modo se extravió de casa vuestro hijo? Jamas he podido saberlo (respondió enternecida) : solo pude averiguar despues de las mas vivas diligencias , que lo habian visto en compañía de otros muchachos en las riberas del *Oder* , donde se celebraron aquellos dias

unas solemnes fiestas. ¡Qué ideas me renovais, Señora (dixo Federico conmovido)! En esas mismas fiestas me encontré yo siendo de la misma edad que vos decís tendría entónces vuestro hijo. ¿Sería tal vez alguno de los que se embarcáron conmigo? ¿cómo se llamaba? Federico (respondió Casimira). ¡Cielos (dixo él mismo)! No habia en mi compañía otro de este nombre mas que yo. ¡Dios inmortal (exclamó Casimira sobresaltada)! ¿Federico os llamáis? ¿y estuvisteis en las fiestas del *Oder*? ¿y teniais ocho años no mas? ¿y os extraviasteis en compañía de otros muchachos? ¡Corazon mio! ¿qué dulce inquietud es esta? ¿qué débiles esperanzas! :: Pero decidme, Caba-

llero: ¿habeis visto desde entónces á vuestros padres? No conocí mas que á mi madre (respondió Federico), y no la he visto ya mas desde entónces. ¡Cielos santos (exclamó Casimira)! ¿podré creerlo? El tono de la voz, las facciones del rostro, todo es de su padre. Narcisa, dulce hija mia, ven acá, sostenme :: Federico, conservais una cicatriz en el pecho :: ¡Madre mia (dixo Federico entónces, arrojándose á Casimira)! ¿soy yo vuestro hijo? ¿sois vos mi madre?

Ninguno pudo proferir ya otra palabra, ni yo podré tampoco pintaros tan dulce y afectuosa escena. Así lo creemós, Senora (dixo el Capitan): semejantes júbilos ni aun sabe expresarlos el mis-

mo que los experimenta : pero ¿ contó despues Federico el modo con que sucedió su pérdida? Sí (respondió Ulrica-Leonor). Acompañado de algunos muchachos de su misma edad , marchó sin licencia de su madre á ver las fiestas que se celebraban en las riberas del *Oder* ; pero fastidiados pronto de ver los juegos que se hacian , se separaron del concurso , y marcharon á lo largo del rio. Al cabo de un dilatado espacio encontraron una lancha arrimada á la márgen , y viendo que por allí no habia persona alguna que pudiera divisarlos , se entraron en ella , y le cortaron la amarra que la detenia.

No tenian sus tiernos brazos bastante fuerza para manejar los

remos , ni sabian el arte de marear ; á cuya causa la corriente del rio se los fué llevando insensiblemente , hasta que los introduxo en el mar ; y hubieran perecido , á no socorrerles una nave dinamarquesa que encontraron. Conduxéronlos á la isla de Zelandia , donde viéndose sin recurso para volver á su patria , determinaron continuar en la marinería , alistándose para servir al Rey mi padre en la guerra. De esta suerte sucedió que Federico se encontrase en la nave que mi hermano Christerno despachó para que me apresara , y condujera á Copenague ; y sucesivamente acaeció lo que habeis oido , hasta que por particular providencia del cielo llegamos á la



quinta de Casimira madre de Federico.

¡ Quán admirablemente se dexa ver la Providencia en todas las cosas ( dixo Andrónico en este punto ) ! A la compasiva Casimira , parece que no le faltaba para su felicidad mas que el hallazgo de su hijo ; y la Providencia , por conductos escondidos á nuestros ojos , lo conduce á su misma casa , y lo coloca en su amoroso regazo. ¿ Qué aquella noble generosidad con que socorria á sus próximos , no le habia de grangear las bendiciones del cielo ? El cielo nunca dexa de recompensar el mérito de la virtud. Con un solo golpe de su equidad premia la conmiseracion de Casimira , y alivia la afliccion de

Ulrica-Leonor y de Federico , que esperaban en su providencia.

Así es á la verdad ( dixo Maximino , uno de los caballeros que iban en la nave ). Pero ¿ por qué ha de mantener Dios tanto tiempo elevados á los impios sobre el monte de la prosperidad , ni ha de permitir que los justos anden abrumados con la pesada carga de los infortunios ? Los justos , viendo una permission que parece iniqua , son capaces de arrepentirse de su conducta , y tal vez de envidiar la suerte de los malvados. ¿ Por qué el perverso Christerno ha de seguir una vida brillante entre las delicias de su palacio , rodeado de guardias que le defienden , y de cortesanos que le adulan , en tanto que

sus hermanos Valdemaro y Ulrica-Leonor andan arrastrando la pesada cadena de las desgracias? Esta condescendencia de Dios con los impíos, es capaz de trastornar el ánimo de los justos, y tal vez de hacerles concebir alguna duda sobre su equidad.

Alegróse Valdemaro de que Maxímimo suscitara este punto, porque aunque ya lo había tratado Andrónico en otra ocasión, no había quedado bastantemente satisfecho, y deseaba que lo explicase mas, para que no reverdecieran en su ánimo sus antiguas desesperaciones. Andrónico no se alegró ménos, viéndose en ocasión de hablar sobre un asunto que deseaba dexar bien declarado para el aprovechamiento

de Valdemaro y de Ulrica-Leonor; á cuya causa dixo con amable despejo:

La misma diferencia que hay entre la vana prosperidad de los malos, y la verdadera felicidad de los justos, es bastante solución á la duda que habeis propuesto. La prosperidad de los impíos es como la flor que se abre por la mañana, se marchita al mediodía, y se seca al anochecer. Su grandeza solo sirve para deslumbrarlos; y por mas que se eleven ahora sobre los montes de la fortuna, presto desaparecerán, como aquellas exhalaciones salidas de la tierra, que en llegando á cierta distancia se desvanecen. Iráse despues á buscar el sitio donde existieron, se requerirá el lu-

gar donde desfrutáron sus placeres , pero ni aun se encontrará el menor vestigio.

¿ Qué fortuna es esta para que la envidien los justos que esperan en el Señor , y tienen cifrada toda su gloria en complacerle ? Estos bien miran la prosperidad de los impios , pero léjos de envidiarla , la compadecen ; porque conocen la rapidez de su duracion , y saben que , á la manera que el diestro labrador arranca de sus campos los árboles infructuosos y podridos , arrancará Dios á los malvados del centro de sus placeres.

Mas aun quando la prosperidad de los impios compitiera con la duracion de los tiempos , ¿ qué podria tener de comun con

la sólida felicidad de los justos ? Los impios , aun quando corren sin tropiezo por el camino de sus deleytes , no pueden encontrar una leve porcion de aquel placer puro que gozan los justos en medio de sus mayores aficciones : su mordaz conciencia les corroe continuamente ; y sus artificios , sus cabalas , sus enredos , son otras tantas furias domésticas que los despedazan. Una débil nube que salga á disputarle la claridad al sol , piensan que ha de resolverse en rayos para aniquilarlos ; la mas ligera ráfaga que forme el viento , les parece un uracan furioso que ha de arrancarles la casa de sus cimientos ; al ruido mas leve se estremecen , les asusta qualquier rumor , y al mas li-

gero golpe se agitan y se conmueven.

Pero los justos que solamente viven al abrigo de su Dios, nada reconocen sobre la tierra, que pueda perturbarles aquella dulce paz, cuyas delicias, mas suaves que todos los placeres, gozan sin interrupcion. Que los mares traspasen sus límites é inunden la tierra, que las fieras habiten las casas de los hombres, que el curso de los planetas se trastorne, que el movimiento de los cielos se desordene, y que todo se desplome sobre la tierra; ellos siempre inalterables, levantan humildemente los ojos á su Dios, de quien solo dependen, y de quien únicamente esperan el consuelo. La firmeza de su

corazon nunca es abatida, y su alma siempre se vé colmada de dulzuras. Maquinen sus enemigos los mas perversos designios, ármense lazos para prenderlos, llenen de tropiezos todos los caminos para precipitarlos, el Señor que se lisonjea de guiarles los pasos, hará que caminen sin lesion sobre los mismos peligros, y los sacará indemnes de todas las asechanzas.

Valdemaro y Ulrica-Leonor, cuyas desgracias ocasionadas por la ferocidad de Christerno tanto han desazonado vuestro ánimo, nos sirven de exemplar que confirma las verdades que os acabo de decir. De la obscuridad y lobreguez de la cárcel en donde Christerno tenia sepultado á

Valdemaro , lo sacó Dios por medio de Ulrica-Leonor ; y en todos los naufragios que ha padecido , hemos visto que el Señor lo ha sacado á salvo por encima de las mismas ondas enfurecidas. Su inocencia ha salido inmaculada , por mas que procurase mancharla su hermano con la infamia del parricidio. Y para acabarnos de convencer que el Señor se burla de los esfuerzos que hacen los malvados para exterminar al inocente , pongamos no mas la vista en Ulrica-Leonor , quando salió libre de las sacrílegas manos que querian ultrajarla , y de la impia chusma que intentaba prenderla para entregarla á la furia de Christerno.

Concluyamos de una vez : los impios serán arruinados dentro de breve tiempo , y los justos poseerán pacíficamente aquella herencia incontaminada é inmarcesible que Dios les reserva. No envidiemos la vana felicidad de los impios , ni vosotros , Valdemaro y Ulrica-Leonor , tengais zelo de la caduca prosperidad de vuestro hermano. Aunque le veais ahora exáltado sobre el trono de magestad , bien así como lo está el cedro junto á las frescas corrientes de un arroyo , presto lo veréis despojado de su lozanía. Su soberbia será humillada , y el eco de su caída será tanto mas ruidoso , quanto fué mas violenta su elevacion. En vano se buscará despues el lugar que ocu-

paba, porque ni aun se encontrará el menor vestigio; y si tal vez quiere alguno encomendar á la posteridad las memorias de su reynado, solo será con estilo de horror, para que sirva de funesto exemplar á los ambiciosos.

Y quando el impio será exterminado despues de un breve aunque brillante curso de vida; quando sobre sus mismas ruinas se levante el justo perseguido y humillado para vivir tranquilamente en la region eterna de la paz, ¿podrémos decir, que Dios no procede con equidad? Y ¿serán capaces los justos de envidiar la falsa felicidad de los impios, sabiendo la excesiva diferencia que hay entre una y otra? ¿Podrán Valdemaro y Ulrica-Leo-

nor tener zelos de la favorable fortuna de su hermano? Valdemaro y Ulrica-Leonor piensan de otro modo, y mas bien querrán vivir abatidos en la casa de su Dios, que exáltados en los palacios de los protervos.

Celebro vuestro discurso, amable caballero (dixo Maxîmino), pero sabed, que mas os he provocado para que esfozaseis los ánimos de Valdemaro y Ulrica-Leonor, que para que me convencierais de una verdad que creo sin disputa. Os agradecemos vuestro zelo (dixo Valdemaro), y estimamos sobre toda ponderacion el cuidado que teneis de nuestro sosiego. Pero dexemos ahora si os parece que prosiga mi hermana su historia, que es-

toy impaciente por saber el fin. Estamos contentos de ello (respondiéron todos); y anudando Ulrica-Leonor el hilo de su razonamiento, dixo:

Al cabo de quatro dias que estaba en la quinta, tratada con aquella generosidad que caracterizaba el bizarro corazon de Casimira, supe por un caballero que pasó casualmente para Stetin, como mi hermano Valdemaro (segun inferí de sus respuestas) estaria seguramente en Rostock, donde lo habia dexado esperando ocasion de embarcarse para la Suecia. ¡Qué cruel agitacion no excitó en mi alma tan no esperada noticia! Quando pensaba que mi hermano estaria en Suecia tomando las disposiciones ne-

cesarias para destronar al pérfido Christerno, oigo, que hecho juguete infame de la fortuna, anda incógnito por tierras extrañas, sin arrimo alguno que sostenga sus incomodidades.

Este mismo dia quiero que sea el de mi partida (le dixé prontamente á Casimira). Ya sabeis, Señora, los motivos que me impelen á emprender este viage. Yo no puedo tener sosiego hasta que encuentre á mi hermano, y no habrá dificultad que no atropelle para encontrarlo. Pensad en qué puedo seros agradecida, y dadme permiso para marchar.

La discreta y amable Casimira, conociendo que el dilatar mi partida seria añadir nuevos martirios á mi alma, me dió su

permiso. Quería que me acompañara su hijo Federico, pero no lo pude consentir jamás, porque me parecía especie de crueldad, robarle ni un solo momento la prenda que acababa de encontrar, al cabo de tanto tiempo que la lloraba perdida. Sin embargo dispuso que me acompañasen dos criados suyos de su mayor confianza, cuyo favor acepté gustosa, y después de habernos proveído de lo necesario para el viage, nos despedimos con no pocas lágrimas de ternura.

Mas no sé con qué terrible ceño me mira la fortuna, que por todas partes me va preparando lazos y tropiezos. Al segundo día de nuestro viage, nos asaltaron

de improviso seis hombres de bárbaras costumbres, según lo mostró el efecto. Intentaron despojarnos de todos los bienes que llevábamos; y porque hallaron resistencia en mis dos criados, se atrevieron á quitarles la vida, y á mí me amarraron al tronco de un árbol inhumanamente. Mis ruegos y las lágrimas que derramaba á mares, pudieron alcanzar de los justos cielos que aquellos malvados no ultrajasen mi honestidad.

Dexáronme amarrada, partiéronse contentos con la presa, y yo me quedé dando voces al viento, porque nadie acudía á socorrerme, ni en todo aquel vasto desierto descubria cosa que pudiera servirme de alivio. Pero ¡tris-



te de mí! uno de aquellos bárbaros que ántes me habian dexado libre de todo lascivo insulto, volvió despues de largo rato, rompió mis ligaduras y comenzó á solicitarme con halagos. ¡ Bárbaro, cómo no te tragó la tierra! Llevóme á una casa deruida que se divisaba á lo léjos, redobló sus porfias, reiteró sus sumisiones; pero viendo bien á despecho suyo mi resistencia, trocó en amenazas sus halagos. ¡ Ay de mí! El hubiera triunfado ignominiosamente de mis esfuerzos, si el cielo no me socorriera por medio de Rosendo que está presente. Este caballero me arrancó de sus impuros brazos dándole valerosamente la muerte, y despues me acompañó hasta embar-

caros. Pero quando la tirana fortuna conspira contra nuestra quietud, ¿ quién es capaz de resistirla? Navegábamos tranquilamente, y con toda la seguridad que puede ofrecer el inconstante mar, quando de repente se levanta una furiosa borrasca, arrebató la nave contra unas rocas, y la hace pedazos. Asíme de una tabla, y fuí arrojada de un golpe sobre una Isleta.

Absorta estuve allí la mayor parte del dia, y al punto que queria emboscarme, divisé este navío que daba muestras de pasar por frente de ella. Quando lo ví á poca distancia, dí voces, fuéron atendidas, y yo fuí amorosamente recogida. Dios recompense vuestra noble compasion,

generoso Capitan , así como yo se lo pido con toda la sinceridad de mi corazon.



## LIBRO VI.

**E**N el obscuro centro del reyno de las tinieblas hay un palacio lóbrego y asombroso , donde tiene su morada el inexôrable Pluton. Está continuamente sobre su trono de lúgubre évano, infundiendo espantoso horror con sus ojos amenazadores á quantos tienen la desgracia de verlo. Un horrible silencio ocupa de continuo aquella tenebrosa estancia,

y las sombras, á manera de aves nocturnas, van revoloteando por ella sin intermision. Allí fué donde la *desesperacion*, bramando de corage por ver á Valdemaro tan léjos de seguir sus abominables máximas, como dispuesto para poner en práctica los saludables consejos de Andrónico, acudió acompañada de la rabia y del furor á quejarse de esta suerte.

¿Es posible, ó poderoso Rey, que sufráis tanta osadía en un jóven tan débil como Valdemaro? Valdemaro, ese Príncipe que tantas veces ha estado ya resuelto á rendir su cerviz á mi respeto, ¿es posible que vaya despreciando mis máximas, y oponiéndose atrevidamente á mis órde-

nes? Vos que lo veis y lo sabeis todo, ¿podréis sufrirlo? Yo siempre fiel en executar vuestros mandatos, no he omitido diligencia alguna de quantas me han parecido á propósito para seducirlo, y hacerle ofrecer su vida en mis aras. Despues del primer naufragio á que le conduxo vuestro hermano Neptuno, pude conseguir que se resolviera á precipitarse en la profundidad de una sima; pero aquel viejo fatal, aquel Andrónico que se le apareció de improviso, me lo arrebató de entre los brazos.

Aunque con este primer golpe quedé bastantemente aturrida, no por eso me rendí, ántes cobrando mayor esfuerzo, procuré en la siguiente noche propo-

nerle mil géneros de muerte , para que eligiese la que le pareciera ménos terrible : pero ; triste de mí ! quando yo iba guiándole los pasos hácia la cumbre de un monte para que desde allí se despeñara , apareció segunda vez mi antiguo enemigo , y le impidió una resolucion que me era tan agradable. Quán grande fué mi dolor entónces , no hay necesidad de ponderarlo , quando vos mismo fuisteis testigo de las lágrimas que vertieron mis ojos , y de los alaridos con que hice resonar vuestro palacio.

Pero lo que mas me atormenta es el considerar que del todo ha cerrado ya su corazon á mis máximas , y que léjos de precipitarse hácia su perdicion , va de

cada dia mas acercándose al templo de la gloria. El hallazgo de su hermana le ha infundido un valor incontrastable ; y los presagios de Alberto ::: ; Ay de mí triste ! Estoy sumamente corrida. ; Es posible que un débil jóven haya prevalecido sobre la desesperacion !

No sé qué oculta violencia tienen las palabras del viejo Andrónico (respondió Pluton), que han sido capaces de arrebatarnos tantas veces la víctima que iba á ofrecerse en vuestras aras : pero yo procuraré separarlo de su compañía , y meterlo en un laberinto , de donde tal vez no podrá encontrar salida. Valdemaro jamas ha experimentado los encantadores halagos de Vénus , ni su

corazon se ha visto herido de las violentas flechas de Cupido : yo lo desprenderé de la nave , y lo conduciré al palacio de Felisinda : podrá ser que las caricias tiernas de esta , y el dulce veneno que derramará sobre su corazon la bella hija de mi hermano Júpiter , le detengan para siempre , y no le dexen llegar jamas á Dinantarca. Tentemos este medio , y esperemos sus resultas. Con estas lisonjeras esperanzas se suavizó algun tanto el ceño de la *desesperacion* , y se retiró mas consolada á su estancia.

No tardó mucho á experimentar en la nave el influxo fatal de esta consulta. Luego se sintió Valdemaro arrebatado de una alegría extravagante : sus movimien-

tos , sus palabras , sus acciones todas iban acompañadas de una risa intempestiva , mas propia de un necio villano , que de un Príncipe prudente. Todos se admiraron de tan improvisa mudanza , pero mucho mas que todos se maravilló Andrónico , llegando á entristecerse interiormente , por parecerle que solo podria servir de abrirle el paso para su ruina.

Habia calmado el viento de suerte , que la nave apenas podia moverse , y Valdemaro , pareciéndole estrecho el ámbito del buque para encerrar su desmesurada alegría , mandó arrojar el esquife al agua para divertirse con otros caballeros jóvenes. Hicieronlo en efecto , y tomando cada uno un remo , comenzaron á

romper el agua para seguir con velocidad el rumbo que les señalaba su gusto. Iban girando alegres por una y otra parte, quando advirtiéndolo en la vecina playa una multitud de gente que marchaba al compas de músicos instrumentos, se enderezaron hacia ella provocados de la curiosidad. Apénas llegaron á distancia proporcionada, dexan los remos, y se paran á ver el alegre espectáculo que se ofrecía.

Un vallado de mimbres fuertemente entretexidos con la madre selva y diferentes ramas de árboles, impedian la entrada á un espacioso circo que se formaba en medio de la playa. Varios hermosos arcos dispuestos á proporcion, servian de apoyo á una

especie de bóveda labrada de enredaderas, mirtos y otros floridos ramos que, al tiempo que ofrecian una hermosísima vista, embarazaban el paso á los rayos del sol. Una ayrosa radería poblada de numeroso concurso rodeaba el circo, en el qual se iban sucediendo varias suertes de juegos y de danzas.

No se satisfacía la curiosidad de Valdamaro ni de sus compañeros en ver de léjos tan agradable espectáculo, y queriendo desfrutarlo de cerca, impelen otra vez el esquife, dexándolo encallado en la arena, y desembarcan. Apénas lo advierte el concurso, avisa al director de la función, y manda que se suspenda. Sale á recibirlos un anciano

personage acompañado de alguna gente, y les dice con urbanidad: si acaso venis, ó extranjeros, á solemnizar las bodas del pastor Milon y su amable Ana, seais llegados en hora buena, que todos os recibiremos con aquel agrado que merece vuestra noble presencia. Aquí podeis exercitar sin embarazo vuestras fuerzas ó vuestras habilidades, que en tan solemne dia, á todos se permite un inocente desahogo. Nosotros, amable anciano (respondió Valdemaro), solo con el fin de solazarnos partimos de nuestro navío que no está muy distante. Advertimos de léjos esta funcion alegre, y traidos de la novedad hemos venido á disfrutarla. Ya que nos haceis el honor

de admitirnos tan benignamente, contribuiremos con nuestra presencia á lo ménos á festejar á los felices novios. Venid pues conmigo, generosos caballeros (respondió el viejo), y solemnizad nuestra fiesta, de la suerte que quisiereis.

Con esto los conduxo al circo, y les dió asiento junto á un hermoso pabellon donde estaban los novios extremadamente bellos y ataviados. Apénas estuvo todo en órden otra vez, se abre de nuevo la funcion con una música de rústicos pero alegres instrumentos, y al instante se presenta una tropilla de niñas bellas y agraciadas con sonajas en las manos. Ceñíanles la frente unas coronas de diferentes y hermosísimas flores

entretexidas con tan nueva y maravillosa disposicion , que el gusto mas delicado no sabia decidir de la preferencia entre naturaleza y arte. Un finísimo y delicado cendal con varias y graciosas abolladuras les cubria hasta la cintura , de la qual pendian unas faldas de ligera tela, matizada de varios colores. Tan bizarramente aderezadas , hacen reverencia á los novios , y dan principio á la alegre danza. La graciosa agilidad de los movimientos , la nueva invencion de las mudanzas , la modesta gracia de las posturas , y el alegre compas que las regia , tenian emblesado al concurso.

Mal contentos con este delicado placer los fogosos espíritus

de los jóvenes , se disponen para la lucha. Dexáron grabadas sus espaldas en la arena quantos osáron competir con Mirtilo , gallardamente robusto y arrogante. Su vigor , su agilidad , su robustez y esfuerzo le hacian invencible á todos los mancebos de la comarca , y con gentil desenfado paseaba el circo muy satisfecho de su valor. Entónces fué quando Valdemaro no pudiendo sufrir tanta arrogancia en un jóven que tenia esperanza de vencer , pide permiso para combatir. El director hace vanidad de concedérselo , los novios cobran nuevo gusto , y el campo se ensoberbece viéndose ocupar de un jóven cuya bizarra gallardía formaba las delicias de los especta-



dores. Enlaza sus forzudos brazos con los de Mirtilo, estréchanse pecho á pecho, descubren sus dilatadas espaldas y robustos nervios, y se mantienen inmóviles largo espacio, forcejando vigorosamente sin poder derribarse. Suspenso de un profundo silencio estaba todo el concurso mirando el esfuerzo de los combatientes: la fuerza, el valor y la destreza que parecían iguales, no permitían saber á favor de quien se declararía la victoria: pero quando presumían que Valdemaro, por ser de juventud mas delicada y robustez ménos vigorosa, había de quedar oprimido por el valor de Mirtilo, vén que levantándolo en el ayre con esfuerzo hasta entonces nunca visto, lo derriba vale-

rosamente, y lo dexa tendido sobre la arena.

Todavía resonaban por el ayre los vítores con que aclamaban á Valdemaro, quando se presenta un mancebo de singular habilidad, á quien todos los que osaban competirle en la esgrima, iban cediéndole la palma; pero sin embargo quiso probarlo Valdemaro, no sin esperanza de vencerle. Toma la espada y se traba el combate. La gentil y agraciada postura de Valdemaro, el ayre con que acometia y se retiraba á su tiempo, la destreza con que reparaba el golpe y hurtaba el cuerpo, el gracioso denuedo en cortar de tajo y revers, y la maestría en ofender y defenderse, hicieron dar en vago todos

los golpes del contrario , y que se confesase vencido.

Para templar el violento placer que producía la vista de estos espectáculos , se substituyó otro mas dulce y agradable. Ofrecese un coro de doncellas , en quienes la juventud , la hermosura , la delicadeza y las gracias mas hechiceras brillaban á competencia. Su largo y undoso ropaje , los cabellos anudados atras con graciosa negligencia , la corona de laurel que les enredaba las sienes , y el gentil garbo que las acompañaba , sorprendieron dulcemente los ánimos de los concurrentes. Al compas de los músicos instrumentos que tañian unas, comenzaron á cantar otras un galante epitalamio en honor de los

novios ; pero con aquella dulzura , con aquel mágico atractivo que roba las almas , y las arrebató en una gustosísima suspensión.

Valdemaro y los caballeros que le acompañaban , embelesados en aquella agradable sucesion de divertimientos , no sabian apartarse de tan delicioso recinto. Cerraba ya la noche , y para substituir la luz del día , iban encendiendo de trecho en trecho varias rajas de tea ; mas no por esto pensaban en partirse , imaginando que para volver al navío que habian dexado tan cerca , no era menester apresurarse. Con este pensamiento permanecieron todo el tiempo que tardó á concluirse la funcion.

Conclúyese : pero he aquí que inadvertidamente se desvía cada uno por su parte entre el tumulto de la gente. Valdemaro cumplimentado por el director de las fiestas , pero los novios y otros sugetos particulares que se le habian aficionado , se entretiene á conversar con ellos. Sus compañeros iban buscándose ansiosos mutuamente , pero sin provecho, porque la obscuridad de la noche , la inmensidad de la playa, y el gentío innumerable que la ocupaba , hacian mas dificultoso el hallazgo. Cada uno por su parte , pensando que los demas estarían aguardándole en el parage donde habian dexado encallada la lancha , acudia ansioso ; pero como no divisaba persona algu-

na , se volvía otra vez á sus infructuosas diligencias.

En este tiempo se despide Valdemaro de los novios y demas personas que le habian obsequiado , y parte para embarcarse. Llega al sitio donde presumió encontrar ya prevenidos sus compañeros , recórrelo todo con exquisita diligencia , llama , vocea , grita repetidas veces , pero nadie le responde , ni descubre cosa alguna. ¡ Qué terrible alternativa de discursos forma en tan triste situacion ! Pensaba que sus compañeros le habian hecho traicion , marchando en la lancha , y dexándolo á él solo en la playa sin recurso ; pero no se atrevia á rezelar traicion alguna de caballeros de tan distinguida no-

bleza. Ya creía que aquel no era el parage donde habian desembarcado, ya le parecia ser el mismo. Tendia la vista hácia la mar, y aunque no podia descubrir el navío que habia dexado, se figuraba verlo, y aun imaginaba oír el rumor de la tripulacion, y las voces de Andrónico y de su hermana.

Con este nuevo engaño, vuelve cuidadoso á recorrer la costa, y descubre la lancha fluctuando sobre las olas. Esfuerza entónces el grito, llama á sus compañeros pensando que ellos la gobernaban, pero se esfuerza en vano. En tanto que estaban todos engolfados en el gusto de los juegos y de los combates, se habia levantado una brisa, que hallan-

do el esquife floxamente encallado en la arena sin amarra alguna que lo asegurase, se lo habia llevado en la resaca. El navío con todas las velas tendidas, los marineros dormidos en la calma, y descuidada la tripulacion, tambien iba siguiendo el impulso del viento, sin que nadie lo advirtiese, y sin que la obscuridad de la noche les permitiera ver el horizonte que dexaban.

De esta suerte andaban todos burlados, y Valdemaro proseguia en dar voces para que se acercase la lancha que nunca perdía de vista. Los ecos que le respondian, imaginaba que eran voces de sus compañeros, y engañándose á sí mismo, caminaba por la costa conforme al rumbo que

llevaba la lancha impelida de las olas. Así pasó la noche en continua fatiga; pero quando al amanecer advirtió el engaño; quando vió la lancha sola sin persona alguna que la ocupase; quando tendiendo la vista á lo largo del mar, no pudo descubrir el navío; quando se vió solo en aquella solitaria costa, sin abrigo, sin Andrónico, sin su hermana, y sin recurso para buscarlos, ¡qué veneno mortal no deramó la tristeza sobre su alma! Recuéstase sobre una roca, inclina la cabeza sobre el pecho, clava los ojos en el suelo, y dexa caer los desfallecidos brazos. Levanta tal qual vez los ojos al cielo, suspira con frecuencia, pero no puede verter mas que al-

guna lágrima exprimida con violencia. Quiere prorumpir en quejas, pero su terrible opresion no se lo permite. Inquieto y confuso, recorre la funesta historia de sus desventuras, y reflexionando sobre los documentos de Andrónico, dice: nació para ser desgraciado: pero no; nació para ser feliz. ¡Qué señal mas visible quiero de la Providencia que me protege, quando me hallo en una ocasion en que puedo exercitar mi fortaleza! Ayer que desfrutaba delicias con la compañía dulce de Andrónico y de mi hermana, adoraba la Providencia, ¿por qué no la he de adorar tambien hoy, quando me veo en una situacion que no puede ofrecerme mas que horror y espanto? ¿No lo dispo-

ne todo una misma mano? ¿Acaso sé yo para qué me reserva el cielo? El cielo despues de una cansada serie de infortunios, me consoló con el hallazgo de Andrónico y de mi hermana, hoy me priva de este consuelo, ¿por qué no puede volvérmelo mañana? ¿Puedo penetrar sus desig-nios?

Así hablaba, quando le sorprehende un ruidoso estrépito. Vuelve la vista, y vé cruzar un furioso jabalí, que acosado de los perros y de los cazadores, iba á guarecerse en lo intrincado de un bosque que se descubria no muy léjos. Como una saeta que disparada del oprimido arco, vuela rápidamente por la region del ayre sin dexar vestigio, así pa-

sáron los monteros; sin embargo cobra esfuerzo Valdemaro, pareciéndole que habria por allí cerca alguna poblacion ó casa de campo donde abrigarse, y resuelve atravesar el bosque.

Apénas llegó á la otra parte, no sin bastante dificultad, descubre una bella y vasta llanada, cuyos límites eran una serie de montes inaccesibles. En medio de ella se levantaba un edificio de magnífica arquitectura, y á su contorno se descubria una multitud de caserías bellamente situadas. Enderézase á una de ellas, pero á pocos pasos encuentra una muger, que le dice con ceño desapacible: y ¿de dónde os ha venido entrar en esta tierra con tanto atrevimiento? Des-

de una playa que se descubre á la otra parte de esos bosques (respondió Valdemaro) adonde me conduxo mi fortuna varia, he venido á buscar socorro en la piedad de los que habitan esta deliciosa morada. Pues sabed, ó extranero (respondió la muger), que en este pais nadie puede fixar el pie sin el permiso de Felisinda, Reyna y Señora de todos sus habitantes. Yo os conduciré á su presencia, y ella determinará lo que se debe hacer de vos.

Con esto fué conducido á un palacio de tan grandiosa y noble arquitectura, que al primer golpe de vista quedó extraordinariamente maravillado. Luego que entró en el patio cerrado con

quatro magníficos corredores, se aumentó su admiracion al ver una fuente de bronce; baxo la figura de un leon en el acto de despedazar á un hombre; pero tan lleno de propiedad, de expresion y de viveza, que infundia terror al que lo miraba. Una ayrosa escalera que se partia en dos ramos, daba subida á las salas y demas piezas de aquel portentoso palacio. A una de ellas fué llevado Valdemaro. Estaba toda primorosamente aferrada de china, y en sus paredes se veian á proporcion varios rasgos de pintura, que en nueve quadros ofrecian las nueve Musas con el mas enérgico y expresivo colorido.

Presentábase *Clio* baxo la figura de una hermosísima don-

cella, cuyas sienes ceñía una corona de verde laurel. Tenía en su mano derecha una pluma, en la siniestra un libro cerrado, y á sus pies se veían hechos heroycos, y gloriosos triunfos de varones ilustres. En otro quadro estaba *Euterpe* con el semblante adusto y melancólico, sosteniéndose la cabeza con la mano izquierda, y reclinada la derecha sobre una urna sepulcral, en ademán de escribir algun fúnebre epitafio. *Melpomene* tenía marchitada su hermosura con las continuas lágrimas que vertía: ocupaba su mano izquierda una lámina de bronce, y en ella iba esculpiendo con un buril de acero algunos sucesos trágicos. Sobre un delicioso prado cubierto de

hermosas flores, que parece acababan de romper sus tiernos cogollos, se dexaba ver *Talia*, grabando en el tronco de un robusto árbol las delicias de la vida pastoril y campestre. *Polimnia* se mostraba baxo la figura de una hermosísima vírgen sentada en el tronco de un verde laurel. Veíase tendida en el suelo aquella divina lira, con que preserva del olvido á los mas insignes Poetas: tenía en sus manos un libro abierto, en el qual algunos Poetas arrodillados por el plano del quadro, fixaban atentamente los ojos en ademán de aprender documentos morales. Gallardamente reclinada sobre una nube de oro y azul estaba *Erato*. Era su hermosura delicada, y mostraba



en el rostro un amoroso desmayo que aumentaba su belleza. Embarazábale la mano izquierda una dorada lira, y la derecha el plectro arrimado á las cuerdas con tal expresion y propiedad, que el oido engañado se paraba atento para oír la armonía que la pintura queria expresar. Sobre su cabeza, hácia el lado derecho, revoloteaba el gracioso Cupido, que con rostro apacible y lisonjero le inspiraba los mas afectuosos sentimientos. *Tersícore* estaba tañendo una cítara, á cuyo compas baylaban muchas ninfas jóvenes vestidas de blanco, en un prado cubierto de amarantos y violetas. En un quadro donde parece que el arte habia apurado sus primores, se ofrecia *Urania*.

Estaba pintada la noche serena y apacible, sin que por parte alguna se descubriese el mas ligero vapor que pudiera perturbarla: los árboles infundian un dulce horror con su silencio, y solo parece que se percibia el murmullo de los arroyos que se despeñaban de un montecillo. En el centro de esta soledad obscura, se divisaba *Urania* profundamente divertida en la contemplacion del luminoso cielo, cuya hermosura brillaba en medio de la obscuridad. Estaba tan sabrosamente enagenada exâminando los acordes movimientos de las estrellas, que persuadia los ánimos de los que la miraban, á la contemplacion de los astros. *Caliope* acomodaba en un estante varios libros, don-

de estaban escritas las mas insignes victorias de los mas famosos héroes , para que trascendieran hasta la posteridad mas distante.

En esta grandiosa sala habitaba Felisinda , jóven y hermosa sobre todo encarecimiento. Estaba magestuosamente recostada sobre una silla cubierta de finísima grana con realces de oro , leyendo con atencion profunda en un libro que contenia los amores de Endymion y de Phêbe ; y en torno de ella , habia muchas jóvenes doncellas ocupadas en diferentes labores. Ya estaba Valdemaro largo rato en su presencia , y aun no habia levantado los ojos á mirarlo : tan intensamente estaba divertida en su lectura. Pero poco despues cerró el

libro , dexólo sobre un bufete que tenia al lado , y le dixo : ¿ qué buscáis por estas tierras , extranhero infeliz ? ¿ Cómo con tanto atrevimiento habeis entrado en este pais oculto , sin solicitar ántes mi permiso ? Vos llevaréis el castigo merecido á vuestra osadía , si entre ella y mi rigor no intercede la compasion.

Bien la podeis tener , Señora ( le respondió Valdemaro ) , de quien no ha pensado haceros la mas leve ofensa. Yo verdaderamente soy un jóven infeliz : la cruel desgracia me persigue por todas partes , y en ninguna me dexa fixar con seguridad la débil planta. Pues ¿ y por qué causa ( le preguntó Felisinda ) andais vago por ese mundo ? ¿ Qué es

vuestra patria? Yo, Señora (respondió Valdemaro), soy dinamarques, mi nombre es Valdemaro, nací en la isla de Zelandia. Muertos mis padres, me embarqué para la Suecia: pero como la desgracia se había empeñado en destruirme, hizo que se estrellara el navío contra unas rocas. Escapé del naufragio, y desde entónces que voy vagando, sin poder encontrar medio para restituirme á mi patria. No estoy satisfecha de esta relacion (repliqué Felisinda). Necesito que me conteis vuestra historia con mas individualidad; pero ántes quiero que recobreis vuestras fuerzas, y descanséis de vuestras fatigas. Condúxole una de aquellas doncellas á otra pieza mas retirada,

y se cumplió lo que habia ordenado Felisinda.

Entretanto, la Diosa Vénus, obligada de la súplica que Pluton hizo á su padre Júpiter, despacha á su hijo Cupido para que se insinúe en el corazon de Felisinda, y encienda en él la amorosa llama. Cupido baxa al momento desde el cielo á cumplir con la comision de su madre, introdúcese en el corazon de Felisinda, pondérale eficazmente la gallardía y hermosura de Valdemaro, y la persuade que para colmo de su felicidad, debe tomarlo por esposo. Siéntese Felisinda violentamente conmovida. El veneno que acaba de derramar sobre ella el engañoso niño, corre por sus venas, debilita sus

miembros, desmáyle las fuerzas, y le abrasa el corazon. Ya suspira por la vista de Valdemaro, y sin detencion le hace volver á su presencia. Habíale dado la doncella unos vestidos de finísima lana bordados de oro, y con ellos parece que todas las gracias habian contribuido á realzar su hermosura y bizarra gentileza.

Esta bella muestra que nuevamente dió Valdemaro de sí á Felisinda, avivó la amante llama que el rapaz Cupido habia encendido en su corazon; y despues de haber impuesto silencio á las damas que la rodeaban, le rogó que le hiciese el gusto de referirle largamente su historia. Hízolo Valdemaro al instante (aunque disimulando siempre su

ilustre nacimiento, y callando aquellas circunstancias por las quales se pudiera rastrear); pero supo dar tanta gracia á sus palabras, y tanta fuerza á sus expresiones, que conforme los varios pasages que referia, se le iba conmoviendo el corazon á Felisinda. Ya se le ponía pálido el rostro, ya se le sonroseaba graciosamente; á las veces se le hinchaban los ojos, y tal vez derramaba algunas lágrimas de ternura. Ya veo, gracioso Valdemaro (le dijo luego que acabó de oir su historia) que la cruel fortuna se ha obstinado en perseguiros. ¡Oh, y si Felisinda pudiera atajar de un golpe la corriente de vuestras desgracias! pero descansad, que nada me quedará por hacer de

quanto juzgue á propósito para vuestro sosiego y felicidad. Ya es hora de dormir; seguid á esa dama, que ella os conducirá á donde podais hacerlo sin susto alguno. Con esto fué llevado á otra sala poco ménos magnífica que la primera, donde encontró un lecho ricamente preparado.

No podia tener Felisinda un instante de quietud, ni sabia qué medio elegirse para reconciliar el sueño. El blando lecho le servia de tormento, la noche le parecia eterna, y en ninguna postura encontraba alivio. Su pecho era muy angosto para encerrar tantas ansias, y su corazon no podia sosegar. ¡Qué violencia es esta (decia entre sí misma)! ¡Qué oculta fuerza me agita el corazon

de esta manera! ¡Tirano amor! ¡Habrà quien pueda evitar tus asechanzas? Yo me retiré á esta soledad, para pasar tranquilamente mis dias, para ser enteramente mia, para gozar una vida feliz entre las dulzuras del campo, para verme libre de tus insultos: mas ¡quán en vano! ::: ¡Amor cruel! ¡Ay, y cómo rezelo que en mí se ha de reproducir la historia de Endymion, que leia poco hace! Semejante á este bello desamorado, he despreciado siempre las afectuosas ternuras de quantos mostraban amarme allá entre el bullicio de las ciudades; pero ¡ay de mí! que si le fuí semejante en desdeñar amores, tambien le seré igual en rendirme á la belleza de ese extranjero,

como él se rindió á la hermosura de Phébe! ¡Oh extranjero venido por mi mal á este retiro!

Aquí calló; pero no por eso pudo encontrar sosiego. Las gracias de Valdemaro, que resolvía en su imaginacion, le atormentaban quando despierta, y si tal vez podia dormir algun breve rato, no le angustiaban ménos los melancólicos sueños. Así estuvo hasta que amaneció; y levantándose impaciente, se fué á despertar á sus damas. Prevínoles el modo con que habian de tratar á Valdemaro, y ella mas bien que todas, como enamorada, no sabia que hacerse para contentarlo: cada dia observaba mas atentamente sus movimientos, y una mirada no mas le bastaba para

adivinar sus deseos, y satisfacerlos aun ántes que los declarase. Ibale paseando por todas las piezas de palacio para hacerle ostentacion de sus preciosidades; y en sus conversaciones (disimulando el terrible desfallecimiento de su corazon) dexaba caer sin violencia una dulce caricia, y alguna tierna expresion de afecto. Ultimamente lo conduxo al jardin para que se admirase de su bella y artificiosa disposicion.

Partíase en quatro quadros, y en cada uno de ellos, campeaban varias figuras formadas de verdes arrayanes, y olorosas flores. En el uno se veia un bosque, por entre cuyas espesuras trepaba la Ninfa Dafne huyendo del ligero cazador Apolo que la seguia. En

el otro estaba ya la Ninfa medio transformada en laurel, casi cubierto todo el cuerpo con las cortezas, y convirtiéndose en hojas los cabellos; y el mismo Apolo, que locamente enamorado adoraba y besaba el tronco. En el tercer quadro estaba su hijo Orfeo en ademan de tañer su lira de oro, y muchas fieras que lamiéndole los pies, y halagándole el rostro, expresaban la suavidad y dulzura de la música, que las amansaba y atraía. En el último se veían Pluton y Proserpina, Dioses del abismo, que templado su furor, y suavizado su ceño á las dulces violencias de la lira de Orfeo, le entregaban á su muger Eurídice que tenían en su imperio.

En el término donde se cruzaban las calles que dividian los quadros, se levantaba una fuente de mármol á manera de hidra, cuyas cabezas servian de caños, por donde se derramaba el agua. El distrito que ocupaban los quadros, estaba circuido de diferentes géneros de árboles, cuyas ramas doblegándose con el peso de la abundancia, casi besaban el suelo. Dábanle la entrada diferentes hermosos arcos, labrados de yedra, jazmines y rosales; y en el arco del medio, que era el mas grandioso, estaban Zéfiro y Flora como presidentes de tan delicioso jardin: Zéfiro tenia ceñida la cabeza con una guirnalda de flores; y Flora su esposa, además de una co-

rona de lo mismo que le adornaba su frente, tenia sembrado el vestido de rosas, jazmines y otras flores no ménos bellas que olorosas.

Os maravillaréis (le dixo), gallardo Valdemaro, de ver que por todo palacio respira el gusto de la Poesía. En este recinto hermoso donde tengo mis estados, observaréis trasladado el Parnaso que procuramos cultivar mis damas y yo. La rusticidad y aspezeza de esos montes, que á primer vista parecen intratables, no han podido impedir que las aguas de Helicon corriesen hermosas y transparentes hasta esta vega. Este excesivo gusto que siempre he tenido en la Poesía, me hizo abandonar el estrépito de las ciu-

dades para retirarme á este secreto ángulo de tierra, donde he procurado conservar tranquilamente mi vida con mis damas, y con mis amados vasallos, bien léjos de los hombres que siempre he mirado con indiferencia: pero vos ::: pero vos :::

Aquí dió fin á sus palabras; y Valdemaro, casi adivinando adonde se dirigian, le respondió con sagacidad: yo, Señora, tambien soy muy aficionado á la Poesía, á ese bello ramo de literatura que interesa al mayor número de las gentes de gusto; mas como tanto tiempo hace que ando entre cárceles y destierros, no me he cuidado de sus delicias. ¡Quántas gracias teneis pues que dar á la fortuna (le replicó Fe-



lisinda) que os ha conducido á este pais! Aquí podeis gozar libremente de quanto fuere de vuestro agrado: mis damas y mis vasallos no tendrán otra ocupacion, que saber vuestros deseos para satisfacerlos: las Musas que os fuéron amigas en algun tiempo, vendrán á reconciliarse con vos; y libre de los sustos y desvelos que hasta ahora os han molestado, podréis gozar con sosegada paz de las delicias que os ofrecen estos parages.

Si los deseos de encontrar á mi hermana y de restituirme á mi patria (dixo Valdemaro) no me lo impidieran, eligiria gustoso esta habitacion alegre para mi perpetua morada; pero no puedo preferir el placer de una

vida pacífica y deliciosa á la obligacion de socorrer á mi hermana. Si me amais, Señora, os suplico que me faciliteis los medios para partir, y dexar satisfechos estos deseos que tanto me interesan. Os amo mucho (le replicó Felisinda); y por lo mismo no me será fácil condescender á vuestra súplica. ¡Cómo! ¿ Vos partiros? :::

Unas amantes lágrimas que corriéron improvisamente de sus ojos, le ahogáron las palabras en la boca. Retírase al momento, dexando á Valdemaro extraordinariamente admirado; y encerrada todo el dia en el mas oculto retrete, iba alimentando con sus lágrimas la amante llaga que el rapaz Cupido había abierto en

su corazón: solamente permitió que la visitase Filena, la mas confidente de sus damas.

Entró á verla, y encontrándola sumergida en amargo llanto, le dice:

¿Qué es esto, Señora! ¿qué angustia os atormenta? ¿qué os aflige? ¡Ay Filena! (le respondió Felisinda) dexa que el dolor me consuma; dexa ::: ¡Oh! si este dia fuera el último ::: Filena, si quieres recompensar el amor que me debes, anda, ve, busca á ese extrangero que ha venido á perturbarme, y dile que marche presto de este país ::: pero no, detente ::: ¡ay de mí! Pues qué, Señora, ese extrangero ¿qué agravio os ha hecho (le preguntó Filena)? ¿qué culpa ha co-

metido contra vos? ¡Ay Filena! (le respondió) Valdemaro no tiene mas culpa, que ser amado de Felisinda: Felisinda le ama, y él no corresponde. Esta es mi pena. Quiere partirse á pesar de mis amantes solitudes ::: pero ¿de qué me quejo? ¿Hele declarado acaso mi pasion amante? ¿Sabe que yo le adoro? pues ¿qué rezelo? Estas lágrimas que aquí desperdicio tal vez no serian infructuosas, si se derramaran en su presencia.

Señora (le replicó Filena) ¿así presumis abatir vuestra hermosura, y abandonar la adoracion que se le debe? ¿No seria ignominia que Felisinda vertiese una lágrima en presencia de ese extrangero? Puesto que sus nobles pren-

das hayan encendido la amorosa llama en vuestro pecho, debiais vos sufocarla varonilmente. ¿Necesitará Valdemaro mas que saber vuestra voluntad para sacrificarse prontamente á ella? Una leve insinuacion no mas, bastará para que se rinda á vuestro gusto. Valdemaro, Señora, está en vuestro palacio, vos le obligais con beneficios, él es discreto, y no puede dexar de ser agradecido. Estos favores, vuestra hermosura, vuestra gentileza, vuestra discrecion, vuestras riquezas, y demas prendas capaces de avasallar al corazon mas desamorado, ¿cómo podrán dexar de rendir á Valdemaro? Valdemaro ::

En vano me aconsejas, Filena (interrumpió Felisinda): ¿Cómo

quieres que Valdemaro olvide á su hermana que tanto estima, por corresponder á mi cariño? Despues de tantos trabajos como ha sufrido, despues de tantas dificultades como ha superado para encontrarla, ¿quieres que sean poderosos mis brazos para detenerlo? Son muy floxos mis brazos, Filena. Valdemaro hará vanidad de despreciar mi hermosura, y quantas riquezas pueda ofrecerle. ¿Tú no has reparado cuánta es su gentileza y bizarría? ¿Has notado con qué gracia contaba los pasages de su historia? ¡Qué nobleza! ¡qué dulzura! ¡qué expresiones! ¡qué viveza! ¡qué alma! ¿Querrá encerrar tantas prendas en el breve recinto de este pais, quando parece que aun es estre-

cho el vasto ámbito del Universo para contenerlas? No, Filena, no; no ha venido Valdemaro sino para dar muerte á Felisinda.

Suspended, Señora, el llanto (replicó Filena), y no deis lugar á esos rezelos. Valdemaro, por mas que sea valeroso y prudente, por mas gracioso y gallardo que sea, en fin es jóven, y el fuego del amor fácilmente prende en los leños verdes. Procurad abultarle las dificultades que le quedan que vencer para llegar á Dinamarca, ó para encontrar á su hermana; facilitadle todo género de divertimientos, lisonjead su voluntad en quanto fuere posible, mostradle tal qual vez alguna parte de vuestro amor, pero como por hurto, y mezclan-

do ternezas con esquivaces; y veréis de esta suerte como olvidará memorias de Dinamarca, no se acordará de su hermana, se reducirá á daros gusto; y las lágrimas que no parecen bien en vuestros ojos, se verán correr luego por sus mexillas.

En tanto que pasaba esta plática entre Felisinda y Filena, andaba Valdemaro discurriendo por el jardin, todo absorto en la contemplacion de lo que le habia sucedido con Felisinda. Las lágrimas que le habia visto verter, las palabras que le habia oido, y otras señales que habia observado en los dias que estaba en el palacio, le hacian sospechar si serian efecto de alguna pasion amante. Estas sospechas, y las

amables prendas que habia notado en ella, iban haciendo algun eco en su imaginacion; pero como Dinamarca, Andrónico y su hermana le robaban la mayor parte del cuidado, no podia dedicarse enteramente á la consideracion de ellas: sin embargo le tenian harto melancólico, y Cupido que solo esperaba atravesarle el corazon con sus flechas, comenzó á dispararle algunas, viendole tan oportuna ocasion. Dexó que la cruel tristeza esparciese sus funestas sombras sobre su alma; é inmediatamente le aparentó inaccesible el trono de Dinamarca, y que ni aun para su consuelo, podria lograr jamas el abrigo de Andrónico, ni la compañía de su hermana. Por otra parte le pon-

deraba la hermosura de Felisinda, las encantadoras gracias que brillaban en su ayroso talle, las riquezas y delicias que tenia acumuladas en aquel vasto pais, y que seria eternamente dichoso, si se resolviese á tomarla por esposa.

Con esto andaba ya Valdemaro sin saber qué hacerse ni adonde acudir: corria cabiloso desde una parte á otra del jardin, arrojaba de quando en quando algun profundo suspiro, y tal vez no podia reprimir las lágrimas. Ya le molestaban las memorias de Andrónico, los recuerdos de su hermana le parecian insípidos, y solo encontraba placer en contemplar las hechiceras prendas de Felisinda. Quería ir á visitarla,

por ver si se habrian enxugado ya sus lágrimas , y descubriria el origen de ellas , pero una fuerza no visible le detenia los pasos.

¡ Qué efectos tan contrarios (decia) combaten mi corazon! ¡ Qué pais es este , ó qué Felisinda es esta , que tan violentamente quiere arrancar de mi alma el amor de Andrónico , y romper los vínculos del cariño , que tan dulcemente me unen con mi hermana ! ¡ Cómo ! ¿ es posible que así me hagan olvidar la corona y cetro de Dinamarca ? Pero ¿ podré permitirlo ? ¿ Será justo que me olvide de mí mismo , y que abandone con ignominia las antiguas obligaciones de mi estado ? ¿ Qué tengo yo que ver con Felisinda , ni qué

me resta ya que hacer en este palacio ? Andrónico me llama , mi hermana me desea , Dinamarca me solicita ; y un noble debe atropellar todo embarazo , quando se trata de cumplir con su obligacion. ¿ Qué me detengo pues ? Mañana , hoy mismo , en este instante he de partir ::: pero ¿ adónde ? ¿ Quién ha de guiar mis pasos para que me pongan fuera de esta desconocida region ? Una serie de montes inaccesibles la cierran por una parte , y el inmenso mar que por otra le sirve de profundo foso , impide la salida. ¡ Infelice de mí ! ¡ qué confusion es esta ! ¡ Oh , y cuán á costa mia experimento la falta que me haceis , amado Andrónico ! Vuestros sabios consejos me

harian fácil la salida que yo no encuentro. ¿Quién podrá darme consejo ahora? ¿qué recurso me queda? Felisinda amable, vos sois discreta y compasiva: considerad la fatal situacion en que me veo, y dadme remedio.

Así se hallaba Valdemaro: lleno de una turbacion, cuya causa no atinaba, no se atrevia á entrar en el palacio; pero Filena advertidamente descuidada, sale al jardin, se le hace encontradiza, le acompaña un rato en el paseo, y lo conduce despues á la presencia de Felisinda. Hallóla con una serenidad aparente que no podia encubrir bastante bien la interior tormenta que sufría; y Valdemaro no ménos afligido, mostraba con bastante

violencia una calma que no tenia. Ninguno de los dos se atrevia á hablar del asunto que tanto les interesaba, y en tan profundo silencio, Felisinda recorria con su imaginacion todas las bellas dotes de Valdemaro, y Valdemaro no pensaba sino en Andrónico y Ulrica-Leonor: Felisinda apoyada á las esperanzas que le habia dado Filena, meditaba ya los pomposos aparatos que habian de solemnizar el amoroso enlace con Valdemaro; y Valdemaro acordándose de las obligaciones de su sangre, sólo imaginaba ideas para salir de aquel laberinto. Pero Filena astutamente lisonjera, conociendo las interiores ansias de cada uno, dixo:

Y bien , amable Valdemaro ,  
 ¡quán loco debe ser qualquiera  
 que hallándose tranquilo en se-  
 guro puerto , quiere volver al gol-  
 fo de que poco ántes ha escapa-  
 do ! No daría muestras de muy  
 cuerdo (respondió Valdemaro):  
 yo mismo os aseguro , que si tu-  
 viera la fortuna de verme segu-  
 ro en el deseado puerto , no vol-  
 vería á buscar las borrascas que  
 he sufrido. Pues ¿qué mayor tran-  
 quilidad podeis encontrar , que la  
 que se os ofrece en este puerto  
 (replicó Filena)? Si por andar  
 tras esa que imagináis , os arro-  
 jarais otra vez al golfo , y os ar-  
 rebatara la vida juntamente con  
 vuestras esperanzas , ¿seriais por  
 ventura ménos loco que el que  
 hemos dicho ántes? Pero ¿cómo

puede llamarse seguro (pregun-  
 tó Valdemaro) el que se halla  
 en medio de una desenfrenada  
 tormenta? Este que vos llamáis  
 seguro puerto , es para mí el mas  
 peligroso escollo , pues faltándome  
 la compañía dulce de Andróni-  
 co y de Ulrica-Leonor , me fal-  
 ta toda tranquilidad. No es exâ-  
 geracion de un ánimo preocupa-  
 do ; Señora , creedme ; con An-  
 drónico y mi hermana me ha-  
 llaría mas tranquilo entre los pe-  
 ligros de un naufragio , que en  
 la pacífica quietud de este para-  
 ge. Me precio de noble , y no  
 puedo abandonar las obligaciones  
 que me debo á mí mismo. He de  
 partirme.

Con la misma prontitud que  
 un estruendoso y repentino true-



no sorprende y perturba los sentidos de un pasagero descuidado en el centro de un profundo valle, así atolondraron á Felisinda estas últimas palabras de Valdemaro. Un pasmoso frio se le introduce en las venas, los sentidos se le perturban, enérvansele los miembros, y se le dexa ver impresa en el rostro una palidez mortal: pero Filena acudiendo prontamente á socorrer el ánimo de su Señora, dixo con discreta sagacidad: está bien, vos partiréis: la generosa y compasiva Felisinda os licenciará para que marcheis, y aun os aprontará los medios necesarios para que lo hagais con comodidad; pero ¿adónde habeis de ir? ¿Sabeis con certidumbre en qué re-

gion hallaréis á vuestra adorada hermana, y al no ménos amado Andrónico? Con que precisamente habeis de andar otra vez á combatir con las sirtes y los escollos.

Mas yo quiero que las aguas del inmenso mar os reciban placidamente; que os permitan caminar sin embarazo, y que os abran la entrada en todos los puertos; si al cabo de tan prolongada navegacion preguntais por Andrónico y Ulrica-Leonor, y no lograis otra respuesta, que el eco amargo de una voz que os diga: *ya no existen*, ¡qué tormento no será el vuestro! ¡Ah, Valdemaro! Andrónico seguramente habrá perecido entre las fieras olas. Las flacas fuerzas que

le podian quedar en una edad cansada y decrépita , no habrán podido contrastar tanto golpe de infortunios : y sin el arrimo de Andrónico ; qué podremos pensar de vuestra hermana , sino que la muerte cruel habrá cortado el hilo de su floreciente vida ?

Un copioso torrente de lágrimas se desprende impetuosamente de los ojos de Valdemaro al acabar de pronunciar Filena estas palabras : llora , suspira , se lamenta , pero de estos lamentos saca Felisinda su mayor alegría. Parecele que Valdemaro ha creído ya la muerte de Andrónico y de Ulrica-Leonor , y desde aquel mismo instante le mira ya por suyo. Rompe de improviso el hilo de la conversa-

cion , vístese su aspecto de una alegría que procura encubrir modestamente , dexa el asiento con gentil desembarazo , y sale sola al jardin , como para confiar á las flores sus alegres esperanzas ; así se truecan de golpe los afectos del corazon humano.

No se descuidaba entretanto Filena de persuadir mas vivamente á Valdemaro la muerte de Andrónico y de Ulrica-Leonor : repetíasele muchas veces , pero siempre se valia de nuevas y eficaces razones , que con una fuerza irresistible se penetraban hasta lo íntimo de su corazon. Por el mismo estilo le ponderaba las delicias que con los brazos abiertos se le ofrecian en aquel pais , para que las gozase libre-

mente ; la sencillez amable de todos sus habitantes que solo procurarian adular su voluntad ; y mas particularmente le engrandecia las hechiceras gracias de Felisinda.

¿Y es posible (le decia) que os queráis andar desatinado por esos mares tras un bien que solo existe en vuestra fantasía , despreciando los que aquí se os ofrecen en realidad ? Felisinda misma os facilitaria todos los medios imaginables , para que poseyeráis pacíficamente los sabrosos placeres que os promete la compañía amable de Andrónico y de vuestra hermana , si fuera posible conseguirlo ; pero conocemos que seria fatigarnos en vano , que seria correr tras el vien-

to , y que al cabo de trabajos inmensos , no lograríamos mas que la confirmacion de una verdad que estamos creyendo. El cielo , al cabo de tantos peligros de que os ha librado , os ha conducido á esta region de delicias para premiaros ::: Pero ¿ qué digo ? ¿ Podemos nosotros penetrar sus sábias disposiciones ? Valdemaro , la Providencia os ha puesto en esta feliz region ; creo que lo habrá dispuesto para vuestro bien. Consultad ahora con las sábias máximas de Andrónico , que teneis en tanto aprecio , y resolved lo que quisieréis. Yo no tengo mas que deciros.

Mientras así habló la astuta Filena , estuvo Valdemaro suspenso sin hablar palabra ; pero las

lágrimas que iba vertiendo, expresaban el conflicto en que se hallaba su corazón. Hacíase fuerza para no creer las razones de Filena, pero salían tan llenas de eficacia, que, á pesar de toda resistencia, se hacían sentir en su alma. No sabía que decir ni que hacer, quando arrebatado de una fuerza extraña, se levanta de repente, y se retira á la estancia mas secreta de palacio.

¿Qué es esto, corazón mio (iba diciendo entre sí)? ¿qué extraordinaria violencia es esta? ¿qué nuevo modo de atormentar es este? ¿Con que no he de ver ya mas á mi hermana? ¿Con que ya es muerta Ulrica-Leonor? y vos, adorado Andrónico, ¿ya no existis? ¡Oh suerte injusta! ¿Y

quién te ha dicho, fortuna bárbara, que puede vivir Valdemaro ni un momento, estando ya sin vida Andrónico y su hermana? No, cruel (prosiguió sacando un puñal), no lograrás que yo lleve una vida tan amarga, no; yo mismo me daré la muerte, ya que tú tiranamente compasiva me la dilatas. Amado Andrónico, adorada hermana mia, recibid esta alma como el mas dulce sacrificio :: pero no, yo me engaño: ¿qué es esto? ¿No me acaba de decir Filena, que la Providencia me ha puesto en esta feliz region? ¿Y no me dixo muchas veces el sabio Andrónico, que quando me dexé en manos de la Providencia obraré siempre lo mejor? ¡Ah! la dexacion de mi

voluntad al arbitrio de la Providencia, será, ó Andrónico, el sacrificio que mas gustosamente aceptaréis, y el mas agradable á mi hermana, ¿qué resuelvo pues? Si Andrónico es muerto, si es muerta mi hermana, ¿no es cierto que así será conveniente para mi sólida felicidad? Governe pues quien sabe lo que conviene, que yo no haré mas que callar y obedecer. No convendrá que yo llegue á Dinamarca, ni que estas flojas manos empuñen el cetro, quando la Providencia me ha puesto en esta region incógnita de donde no veo la salida. Pero ¡ay de mí! ¿Cómo podrémos conciliar extremos tan opuestos? ¿Es esto lo que me presagió Alberto? ¿Cómo pue-

do quedarme encerrado en este pais, y ceñir la corona de Dinamarca? ¡Ah, qué confusion es esta! ¡Christerno cruel! he aquí el tropel de desórdenes que has ocasionado. ¡Monstruo infame, cuántas impiedades has cometido! Con un solo golpe has arrebatado la preciosa vida de mi amado padre, del zeloso Andrónico, de mi dulce hermana :: pero no, huye de aquí, bárbaro hermano, no quiero que ocupes mi memoria.

Dios mio, que os lisonjeais de hacer justicia á los inocentes oprimidos; vos que con una fuerza incontrastable rompéis los muros de diamante, y quebrantáis los hierros que cruelmente abruma á los cautivos; vos que alar-

gais vuestra mano benigna para conducir sin riesgo por entre las tinieblas á los que os llaman con esfuerzo, ¿cómo no acudis á dar consuelo á este miserable fugitivo, y perseguido de su misma sangre? Vos sabéis mi inocencia, vos, Señor, conocéis la rectitud de mi corazón, vos mismo veis que no la ambición del cetro me impele, sino la quietud de mis vasallos, la felicidad de mi pueblo, el alivio de mi hermana, el consuelo de Andrónico::: ¿qué pronuncio? ¿si Andrónico y mi hermana ya no existen?

En llegando á este punto, el dolor le arrebató las palabras, y le dexa sin movimiento. Cae-sele la cabeza sobre el pecho, suelta acá y allá los desfalleci-

dos brazos, túrbasele la vista, y se rinde á un desmayo.

Como Filena habia marchado al jardín á buscar á Felisinda, y la demás gente de palacio andaba empleada en sus respectivos ejercicios, ninguno pudo saber el desmayo de Valdemaro, hasta que entrando en sospecha, fuéron á buscarlo, y lo encontraron sin sentidos sobre una silla. Esta triste vista fué un mortal golpe para Felisinda: su corazón amante no pudo resistir al dolor que le ocasionó la pena de su amado, y cae en el suelo desmayada. Filena sobrecogida del espanto no sabe qué hacerse: llama á las damas, busca á las criadas, dales órdenes precipitadamente, las riñe, las

amenaza, y nada se executa. Todas se confunden, unas á otras se conturban, lo que manda la una, lo reprueba la otra, todo va sin orden, y nada se practica. Ultimamente los colocan á cada uno en su lecho, y con ménos confusion les aplican los remedios mas oportunos, para restablecerles de su desmayo.



## LIBRO VII.

RECIBIDA Felisinda,  
 llama á su confidente  
 Filena, la toma por  
 las manos, y bañán-  
 dolas con sus lágrimas, le dice:  
 yo soy muerta, Filena. Nunca  
 podré creer que Valdemaro rin-  
 da su amor á Felisinda. ¿No viste  
 aquel desmayo? ¿no advertiste  
 aquellas lágrimas? pues mira  
 todo es por su hermana, todo  
 por Andrónico, todo por su pa-

tria. No es digna Felisinda de que Valdemaro vierta una sola lágrima por su amor, no ::: Todo me causa susto; su inaccion, su embarazo ::: ¡Ay de mí! todo me da fatiga. Señora (le replicó Filena), hasta ahora no he visto en Valdemaro ninguna señal que pueda daros motivo de desconfianza. Aquel llanto, aquel silencio, aquel desmayo que os parecen ofrendas que sacrifica á su hermana y á su patria, ¿por qué no pueden tener otro destino? ¿por qué no pueden ser tributos que rinde á vuestro amor? Aquella indecision, aquel rubor, aquel empacho que os da tanta sospecha, ¿por qué no pueden ser amantes artificios para aumentar mas vuestra llama, y hacer mas estima-

bles sus afectos? Yo no sé que Valdemaro pueda portarse de otra suerte. Considerad su situacion, y veréis que el ansia de llegar á su patria, y el deseo de corresponder á vuestras caricias; que el vínculo con que el natural cariño le une con su hermana, y el fuerte lazo con que amor le está uniendo ya con vos, no pueden dexar de tener agitado su corazon, y constituida su alma en el mas duro conflicto.

¡Ah, Filena (dixo Felisinda)! Si mi amor tuviera la menor parte en el motivo de su agitacion, seria yo dichosa; pero rezelo ::: Son vanos rezelos (interrumpió Filena); y mucho mas si consideramos ::: pero nada hay que rezelar. Valdemaro, impelido del



deseo de llegar á su patria y de encontrar á su hermana , finge resistir á vuestros afectos ; pero yo sé que se abrasa interiormente. Descansad ahora , y dexad á mi arbitrio el gobierno de esta empresa.

Dicho esto , marcha inmediatamente á la estancia de Valdemaro , hállalo enagenado sobre la cama , llámalo por su nombre , y sin lograr mas respuesta que una ligera ojeada , le dice con sagaz arrogancia : y ¿ cuándo ha de ser vuestra partida , desagradecido jóven ? Si tantas lágrimas y tantos desmayos os ha de ocasionar el insípido amor de una hermana , que tal vez exíste solo en vuestra idea , andaos enhorabuena : desocupad presto este palacio ; y os advierto , que

no aguardéis á que os vea Felisinda , porque le será insufrible vuestra vista , y no podrá reprimir su enojo. Pero , Señora (dixo Valdemaro) , ¿ qué repentina causa ? :: No es tiempo de satisfacciones ( interrumpió Filena ). Un corazon ingrato solo es capaz de pretextar razones fementidas : marchad presto. Pero el horror de esos montes , Señora ( replicó Valdemaro ) , la ignorancia del camino , la obscuridad de la noche ::- No ; nada puede suspender la execucion de la orden que os intimo ( dixo Filena ) : marchad presto. ¡ Qué nueva confusion es esta ( exclamó Valdemaro ) ! Mas decidme , Señora , ¿ qué exíge Felisinda de este infeliz ? ¿ En qué puedo com-

placerla? Una seña de gratitud no mas , podria dexar satisfecho el corazon de esa Señora , que solo busca colmaros de dichas ( respondió Filena ) : pero sois incapaz de reconocer beneficios. Esas lágrimas , esos desmayos que inútilmente sacrificais á vuestra hermana , á vuestra patria y á vuestro Andrónico ( porque todo ha fenecido ya para vos ) solo Felisinda las merece. Si fuerais capaz de agradecimiento , vuestro mismo corazon os parecería recompensa tibia á la piedad amable que con vos ha usado Felisinda. Felisinda hubiera podido exterminaros en el mismo instante que fixasteis el pie en este distrito, Felisinda podria teneros confundido entre prisiones , Felisinda

puede todavía reduciros á la situacion mas infeliz , pero su piedad , su generoso corazon , su noble bizarria , su grande alma no le dan lugar á tales excesos ; por eso manda compasiva , que al nacer el nuevo sol , os halleis ya fuera de este pais.

¡ Ah , Señora ! y ¡ cuánta mal conoce Felisinda al infeliz Valdemaro ( dixo él mismo ) ! Si Felisinda viera la lucha atroz que sufro en mi interior , mas benignamente se compadeceria. No tiene Felisinda la menor parte en la causa de mis lágrimas y de mis desmayos. Su amor y el de mi hermana , las obligaciones que le debo , y las que debo á mi patria :: ¡ ah , qué batalla de afectos tan acerba ! Si yo pudiera irme y

quedarme á un mismo tiempo, satisfacer á Felisinda y acudir á mis obligaciones, socorrer á mi hermana y no dexar á Felisinda, reynar en este país y empuñar el cetro ::: ¿qué pronuncio? ¿Deliro acaso? Me enagené; no estoy en mí.

Señora, vos que habeis sido la mensagera del rígido decreto de Felisinda, decidle que voy á executar lo sin tardanza: que abrazo gustoso la muerte que me aguarda entre la sombra y horror de esas montañas, solo por servir la: pero hacedle tambien presente, que Valdemaro no ha cometido ningun exceso que le haga merecedor de tan intempestivo mandato; que sin motivo alguno condena su inocencia á los

peligros de una obscura noche y de un camino incierto; y decidle en fin, que si no se debiera todo á su patria, seria todo de Felisinda; que por complacerla solo, olvidaria á su hermana, olvidaria :: Al proferir estas palabras llora, suspira, corre presuroso hácia la puerta, pero deteniéndole Filena, le dice: ¿Dónde vais precipitado? deteneos. Lamento vuestra pena. Yo la haré patente á Felisinda, y procuraré á lo ménos que suspenda la execucion de su mandato, hasta que amanezca.

Con esto se retiró Valdemaro; y Filena viendo bastante bien lograda su astucia, parte á verse con Felisinda. Cuéntale quanto le acaba de suceder, y la per-

suade, que en Valdemaro se oculta otro personage mas illustre de lo que parece. Fórmase al instante en el corazon de Felisinda una nueva guerra: crece el amor en que se abrasa por Valdemaro, y crecen tambien las desconfianzas de alcanzarlo por esposo. ¡Qué ideas no fabrica para obligarle! ¡qué artificios no inventa para enamorarle! Forma mil proyectos que le parecen exquisitos en el mismo instante que los forma, pero poco despues los reprueba por inútiles; quiere llamar á Valdemaro para que le relate otra vez su historia, imaginando descubrir la calidad de su linage, dale la orden á Filena, mas apenas acaba de darla quando de repente la revoca. ¡Qué horribles

alternativas no sufre un corazon enamorado! Pero despues de infinitos proyectos que formó, deshizo, y volvió á formar en su imaginacion, sin poner ninguno en práctica, piensa disponer una caza por los vecinos bosques, para hacer alarde noble de sus marciales alientos, y probar si de esta suerte prenderia mejor el corazon de Valdemaro.

Todo yacia en profundo sueño. No se oia dama alguna por las salas; los criados estaban sumergidos en muda quietud, y todo el palacio respiraba silencio: solamente se percibia, ó algun suspiro de Valdemaro, ó algun sollozo de Felisinda. Mas Filena obedeciendo al mandato de su Señora, parte presurosa á dar ór-

denes para que se prevengan caballos, armas, lebreles, y quanto pueda servir de brillo, gusto y opulencia al proyectado exercicio.

Apénas la aurora vino á declararse, quando rompe el silencio la grito de los monteros, el relincho de los caballos, y el generoso latido de los perros. Valdemaro, avisado por Filena, sale de su estancia gentilmente aderezado con un vestido de monte que le envió Felisinda. Era de púrpura, y el bordado de oro que guarnecía la orla, tan delicado y primoroso, que parecia haber apurado sus esfuerzos la mano que lo habia labrado. Sobre un gallardo y fogoso caballo ricamente enjaezado, que tascando feroz el espumoso freno,

y sacudiendo impaciente la undosa crin, daba indicios de no sujetar á nadie su altivez, sale á breve rato Felisinda, tan hermosa, tan desembarazada, y tan bizarramente compuesta, que fuera fácil equivocarla con Diana, quando por las faldas del celebrado Cinto iba á caza con sus Ninfas. Todos respiraban placer, ménos Valdemaro, que sorprendido de la novedad, con los ojos baxos, lleno de rubor el rostro, y poseido de una desconocida turbacion, apénas podia sufrirse á sí mismo. Danle un caballo ni ménos fuerte, ni ménos generoso que el de Felisinda, móntalo con gentil desenfado, y parten de palacio con marcial estrépito.

Llegan al bosque, repártese

la gente , y toma cada uno el puesto que se le señala. Iban Valdemaro y Felisinda por una misma parte , y quando ya el ruido de las bocinas , y el latido de los perros habian espantado la caza, sale bramando de lo interior del bosque un oso feroz. Espántase el caballo que monta Felisinda, vánsele las riendas de la mano , y cae al primer vayven. Arremete entónces hácia ella el feroz bruto , llenos de fuego sus ojos , abierta la inflamada boca , y levantadas las manos ; pero Valdemaro noblemente valeroso , se arroja del caballo , acomételo con ímpetu , y se abraza con él. Aprétalo fuertemente entre sus brazos, y hácele arrancar del pecho espantosos bramidos que amedren-

tan la selva. Las rabiosas espumas que arroja de su boca cubren la espalda de Valdemaro , y llegan á blanquear las vecinas matas. Crece el combate , redoblase el furor , y no desfallece el esfuerzo ; pero así como despues de los repetidos choques del furioso aquilon cae la robusta encina desde la cumbre del Apenino , haciendo estremecer la tierra del contorno ; así con igual estrépito cayó la enorme fiera debaxo de Valdemaro , y queda ahogada entre sus brazos. Satisfecho de su victoria , acude á socorrer á Felisinda que todavía no estaba recobrada del susto , rocíale el rostro con el agua de un arroyo que corria allí cerca , y logra restablecerla.

Ya con esto habia concurrido la gente que andaba esparcida por el monte ; é informada del inminente riesgo de su Señora , de la lucha atroz de Valdemaro y de su vencimiento , despojan al bruto de su piel , ó para que sirva de adorno á los umbrales de palacio , ó para que se vista de ella Valdemaro en señal del triunfo quantas veces hubiere de salir á caza.

Hecho esto con aplauso de todos , manda Felisinda tomar la vuelta de palacio ; pero ella quedándose á lo léjos con advertido descuido en compañía de Valdemaro , le habla de esta suerte : Esta fineza que acabo de recibir de vuestra heroyca mano ; la vida que acabais de darme , generoso

jóven , me dexa sin recurso para el agradecimiento : fineza es que excede todo valor , y todo precio. Este pais agradable , cuyos términos apénas puede descubrir la vista , los árboles que los pueblan , las quintas que le adornan , las aguas que le bañan , el palacio que lo domina ::: nada he dicho. Las perlas del oriente , el oro del Arabia , y quanto tesoro oculta la tierra en sus entrañas , serian recompensa corta á tan excesivo favor : sin embargo , una sola cosa , que aprecio mas que quanto he dicho , me queda para ofreceros , si la aceptais tendré el honor de ser vuestra esposa. Esto es en suma : Felisinda se os ofrece por esposa.

Aquí calló ; pero advirtiendo

que Valdemaro habia quedado suspenso, sin determinarse á proferir palabra, prosiguió de esta manera: Ya sé que la oferta que acabo de haceros es corta satisfaccion á tanto merecimiento, quando la bizarra accion no mas::: Mi bizarra accion, Señora (interrompió Valdemaro), es hija de la generosidad de mi ánimo. Yo no he hecho mas que lo que debiera hacer qualquiera noble. He manifestado mi gratitud á los inmensos favores que me habeis dispensado desde que la fortuna, no sé si próspera ó adversa me traxo á vuestro palacio; y he dado á entender bastantes veces si lo habeis notado, que ni me es desagradable vuestra compañía, ni desapacible el parage que habi-

tais. No penseis pues que el ofrecimiento con que me honrais es corta satisfaccion á mis méritos, pensad sí, que mis méritos no son acreedores á tan excesivo como inesperado ofrecimiento: Ofrecimiento que estimo tanto, quanto siento no poder aceptar. Patria, hermana, Andronico, todo me separa de vos: por eso, Señora, el mas subido favor que podeis hacerme es darme libertad para marchar, y proporcion para llegar á algun puerto desde donde pueda dirigirme en busca de mi tierna hermana, y del anciano Andrónico. Esta sola gracia es la que tendrá presente Valdemaro adonde quiera que lo arroje la contraria suerte.

¡Qué es lo que escucho (di-



xo Felisinda)! ¡vos partiros! Sí; he de partirme (respondió Valdemaro). Mi obligacion, la quietud de mi hermana, el consuelo de Andrónico, el sosiego del pueblo, y lo que mas es, el órden del cielo, todo me impele, Señora, todo me aparta de vos. Pues si habiais de abandonar á Felisinda (replicó ella) ¿por qué no la dexabais entre las garras de esa fiera que acabais de ahogar en vuestros brazos? ¿por qué arriesgasteis temerariamente vuestra vida por librar la mia? Libré, Señora, vuestra vida á costa de la mia (respondió Valdemaro), porque me precio de noble, porque sé agradecer beneficios, y en suma porque os amo. ¿Vos me amais (replicó Felisinda)? Si

me amarais, olvidariais hermana, patria, padres: atropellariais quantos embarazos se os pudieran oponer; romperiais ::: Pero ¿cómo es posible que me ameis, quando para no complacerme os basta la memoria de una patria que huye de vos, de una hermana que ya no exíste, de un Andrónico que ha concluido ya la carrera de su vida? Decid que Felisinda os es desagrabable ::: Decid ::: ¡Ah, si Felisinda estuviera tan fuertemente impresa en el alma de Valdemaro, como Valdemaro lo está en la de Felisinda! Si Felisinda ::: Un torrente de lágrimas que no puede reprimir, impide el curso á sus palabras. Calla, y acompañados del silencio llegan á palacio.

Ocúltase Felisinda en la mas retirada estancia sin permitir que nadie le hable, y entregada toda á sí misma, se dexa llevar del ímpetu de su pasion. ¿Felisinda despreciada (se dice á solas)? ¿mi amor desdeñado? ¿desatendidas mis lágrimas? ¡Qué es esto! ¿Podré sufrirlo? ¡Ay amor, y qué mal te conocia! Mi espíritu altivo que nunca supo rendirse á tus halagos, mi orgullo que siempre desdeñó tus artificios, ¿ahora se vén abatidos al vil extremo de mendigar caricias? ¿y de quién? de un ingrato, de un aleve, de un presuntuoso extrangero. ¿Estas son sus virtudes? ¿estas sus gracias? ¿Es esta aquella dulce compasion que excitan en su alma los desvalidos? ¿Es este el héroe

que vence monstruos de dificultades por encontrar á su hermana? ::: Mas ¿cómo el tibio amor que inspira la naturaleza puede agitarle tanto? El amor de una hermana ¿seria capaz de hacerle vaguear por mares y por tierras, hecho siempre juguete vil de la fortuna? ¡Qué sospechas me confunden! No, otra hoguera mas voraz arde en su pecho. ¿Por qué no podria ser su amante la que busca en calidad de hermana? Para una hermana ausente, bastaba un tibio recuerdo tal qual vez, mas no tantas ::: ¡Ay de mí! ¡qué zelos me atormentan! No, no es su hermana, su amante es la que busca. ¿Qué espero pues? El alma que tiene fixa en otra parte, ¿cómo podrá inclinarla á

Felisinda? Ea, Felisinda, ya tienes descubierta la causa de los desvíos de Valdemaro ::: ¿Mas cómo no te declarabas ántes, extranjero aleve? Si triunfa de mi amor la fuerza de ese amor que ocultas, ¿cómo no lo confiesas sin doblez? ¿Tú haces alarde de tu sinceridad? ¿Tú te precias de noble? tú eres leal? esa no es lealtad, alevosía es infame ::: ¿Pero de qué me quejo? Mi pasión me ciega. Vete, extranjero ingrato, corre á enlazar tus brazos con esa infeliz amante que te aguarda: marcha, parte veloz ::: ¿Mas qué digo? ¿partirse? ¿pues podría permitir que se partiera para que desfrutase otra las caricias que á mí me niega? ¿podría consentirlo? En la obscura prision pagará su alevosía.

Dicho esto, sale de la estancia con precipitación, y al primer paso, encuentra con Filena. ¿Tambien tú piensas seducirme (le dice con aspereza)? ¿Cómo te atreves á persuadirme que Valdemaro interiormente se abrasa por mi amor? ¿Qué puedes prometerte de ficción tan injuriosa? ¿Interesas algo en engañarme? ¿Yo engañaros, Señora (respondió Filena sobresaltada)? Tú, tú misma, tú, alevosa (replicó Felisinda): en nadie se halla fidelidad. Dixo; y ocultándose otra vez en la estancia, cierra de golpe la puerta.

Y ¿qué puede pretender Filena (dice á breve rato)? ¿Qué motivo la impele á seducirme? ¿querá tal vez grangearse el amor de

Valdemaro? ó prendada ya de su valor y bizarría, ¿querrá que lo detenga yo en palacio, para que en tanto desfrute siquiera el placer de verlo? ¡Qué horrible misterio es este que se me oculta! Concertados ambos ¿conspiraran contra mí? ¿Querrán armarme traicion? Pero ¿no tengo bien penetrada el alma de Filena? ¿Puede haber engaño en ella? No, no puede haberlo: su fe me es bien conocida. ¿Qué rezelo pues? Filena es fiel, y quando ella afirma que Valdemaro me ama, le será bien notorio su afecto. ¡Qué necias sospechas formé de Valdemaro! ¡Cuán pronto me dexé llevar de una vergonzosa pasión! No, Valdemaro no es traidor; él es noble, y si alguna pa-

sion amante le estorbara corresponder á mis cariños, la confesaria sin rubor. Sola su hermana le desvia, solo Andrónico le separa de mí. Pero esto importa poco: pasiones tan débiles como las que inspira la naturaleza, desaparecerán á vista de las que enciende el hechicero amor. Pues ¿qué vacilo ya? repetiré á Valdemaro mi oferta, y la aceptará sin resistencia. El habrá meditado á solas la fortuna que aquí se le ofrece, habrá previsto los trabajos que le amenazan apenas fixe el pie fuera de este agradable recinto; y la diferencia enorme de una suerte á otra, le pondrá en la precision de admitir la que le ofrezco. Esto dixo; y al instante llama á Filena para desembara-

zarla de la admiracion y pasmo en que la habia puesto poco ántes.

En tanto que Felisinda discurria de esta suerte , se hallaba Valdemaró atropellado de una rápida sucesion de contrarios afectos. Su corazon ardia en amantes llamas por Felisinda ; pero las obligaciones que debia á su heroica sangre , las extinguian de algun modo : tal vez tenia por cierta la muerte de Andrónico y de su hermana , pero á las veces la miraba como preciosos inventos de Filena para seducirlo. Pensaba que la Providencia lo habria conducido á aquel pais para que acabara felizmente sus dias con Felisinda , pero veia que no era esto lo que tantas veces se le habia predicho.

¿ Qué esperas á resolverte (se decia á sí mismo) ? ¿ Dexarás que te vuelva la espalda esta no esperada felicidad que ha venido á buscarte ? Si tuvieras esperanza de volver á Dinamarca , y poseer el trono que violentamente ocupa Christerno , podias muy bien despreciarla ; pero ¿ cómo es posible que veas otra vez á Dinamarca ? Dinamarca se acabó ya para tí. Todavía es muy jóven la mano que rige el cetro ; quando no tenga fuerza para sostenerlo , ya estaré yo confundido con el polvo que pisan los pasajeros. Sí ; que no puede mi corazon tener esfuerzo para resistir á los crueles y repetidos golpes de la desgracia ; y si tal vez quiero poner el pie en la otra parte de esos mon-

tés, sabe Dios si al primer paso encontraré con mi precipicio. No; fuera locuras, fuera delirios. Este fértil pais que domina Felisinda ha de ser mi centro. ¡ Con cuánta libertad gozaré de su hermosura en estas apacibles selvas donde la paz, el amor y la alegría son tan solemnemente venerados! Libre de sustos y de sospechas, no tendré mas cuidados que el de corresponder á sus amantes caricias, ni mas emulacion que la de que mi amor compita con el suyo. ¿ Qué me detengo? A Dios, cetro, á Dios, corona, á Dios, reyno, yo os dexo gustosamente por Felisinda: Felisinda ha de ser mi esposa.

Hecha esta resolucion, intenta buscar á Felisinda para comu-

nicársela, pero al primer paso que da fuera de la estancia, párase dudoso, se detiene un rato, y dice: ¿ Con que ya estoy resuelto? ¿ Reducido estoy á unirme para siempre con Felisinda? Pero ¿ cómo tendré valor para abandonar á un pueblo que gime inconsolable baxo el tirano yugo de Christerno? ¿ Podré preferir los halagos de una muger encontrada por acaso, á las obligaciones que debo á mi hermana? ¿ No es ella la que sacudió de mi inocente cuello la cruel cadena que le oprimia? ¿ No es ella la que me envió recomendado á la Suecia para que desde allí partiese á vengar la muerte de mi padre, á borrar con la sangre de mi hermano la exécrable injuria que me

hizo, y libertar al pueblo de la injusta opresion que sufre? ¿Por qué pues no correspondo agradecido á sus finezas? ¿Por qué no pongo en execucion sus nobles designios?

Si los vientos contrarios se han opuesto á mi viage; si la adversa suerte me lleva siempre errante; ¿debo por eso abatirme? no, que es indigno de gloria un corazon que se rinde á los golpes del infortunio. Si pudiera evadirlos encerrándome en este recinto ::: pero no; es locura. Los flojos brazos de Felisinda, no podrán servirme de abrigo: ella tal vez no busca mas que su propio gusto. ¡Quán en breve pasará del uno al otro extremo! Prueba bien clara tengo de su inestabilidad.

¿No es ella la que ayer decretó mi destierro? ¿Ella misma no es la que estaba tan inexorable, que ni admitia disculpas ni reconvencciones? Así lo dixo Filena: ni la sombra de la noche, ni el horror de los montes, ni la incertidumbre del camino, eran poderosos para que suspendiera por un rato á lo ménos la execucion de su sentencia.

No dudo que el haberla librado del riesgo que le amenazaba en la fiera muerta á mis manos, habrá podido trocar sus afectos; pero ¿quién pudo cambiarlos ántes para que del destierro que me intimó, pasara al placer de la caza que dispuso? No, no es amor lo que astutamente finalmente exagera Felisinda; pero aun-

que lo fuera ; debería rendirse á sus halagos el hijo del grande Heroldo? No es posible.

Dixo ; y lleno de una noble osadía , parte á buscar á Felisinda para desengañarla ; pero apenas la encuentra , se siente mudado de improviso. Como aquel soldado visoño que ántes de entrar en la batalla nada le asusta , ni las balas le acobardan , ni le intimidan las espadas , ántes neciamente valeroso piensa atropellarlo todo ; pero que apenas se pone á la frente del ejército contrario , se amedrenta al estrépito de las armas y al tumulto de los combatientes , desmaya al clamor de los moribundos , se le huye la tierra debaxo de los pies , y apenas puede tener las armas en sus manos

temblonas : así puntualmente le sucedió á Valdemaro luego que se puso en presencia de Felisinda. Su hermosura que le realzaba portentosamente cierto enojo amable que mostraba en el rostro , y un ligero desfallecimiento que se le notaba en sus miembros , le perturbó de repente. Ya no sentia en su ánimo aquel esfuerzo que ántes experimentaba ; las palabras que tenia en la lengua para decirle , se volvian al interior del pecho tiradas de una fuerza desconocida , el corazon le palpita-  
ba desordenadamente , sus miembros se hallaban entorpecidos , y todo él poseido de un extraordinario descaecimiento.

Presto conoció Felisinda su turbacion , y pensando que pro-



venia de otra causa , le dixo: Pues , y ¿ qué os empacha ? Quando yo he pasado por el rubor de confesaros mi pasion amante , ¿ tenéis ahora reparo de mostrar una correspondencia no mas , que me es tan debida ? ¿ Acaso es el amor alguna infame pasion indigna de corazones nobles ? ¿ Qué reparo tenéis pues de confesármela , quando ella misma se está manifestando en el rostro , á pesar de vuestro esfuerzo ? Mal interpretáis , Señora , los movimientos de mi semblante ( respondió Valdemaro ). No puedo negar que os amo ; os amo con sinceridad , y tanto , que me habia olvidado de mí mismo por entregarme á vos ; pero tampoco puedo negar que obré arrebatadamente , obré con-

forme al impulso de un corazon apasionado , no segun la decision de un entendimiento libre. Ved ahí de donde nace la turbacion que me veis retratada en mi aspecto. Venia resuelto á pronunciar el sí , que habia de dar el último nudo al lazo con que comenzaba el amor á unirnos ; pero me asaltó una reflexion tan poderosa , que derribó mis proyectos.

Al paso que hablaba , iba cobrando el esfuerzo que habia perdido ; y como el soldado que en el calor de la batalla olvida los peligros , y rompe por quantos embarazos se le oponen ; así Valdemaro , sin atender á los hechizos de Felisinda , prosigue diciendo : ¿ Será razon que yo prefiera una extranquera sangre á mi san-

gre propia? ¿Será justo que por gozar tranquilamente vuestra hermosura en estas florestas, dexé abandonado un Reyno que funda en mí sus esperanzas? ¿Podré redimirlo de la enorme vexacion que sufre, si me quedo en este pais entregado al ocio dulce del amor? ¿Mis vasallos expuestos al rigor de un Rey intruso: mi trono, mi corona y cetro:: mas ¿quién me inspira este language? Señora, mi hermana no tiene otro amparo que el que yo pueda darle, y no es justo que la dexé sin consuelo entre las penas que la afligen. Pensad si puedo en otra cosa daros gusto, que pues en esta no me es posible, estoy resuelto á marchar este mismo dia.

Así como mas furiosamente se precipita el caballo que corre si le dan la espuela, ó así como se encrespa con mayor furia el voraz incendio si le añaden combustibles: así el enamorado corazón de Felisinda se enardeció mas vivamente al oír estas razones de Valdemaro. Queda suspensa, reflexiona un rato, se aviva el deseo, desmaya la esperanza, se agita el corazón, y palpitándole en el pecho, dice con amante timidez: ¿Qué nuevas excusas pretextais ahora? ¿Qué me decis? Que es preciso dexaros (respondió Valdemaro). Quan grande es mi dolor lo podeis bien conocer, si reparais:: No pudo hablar otra palabra, porque un nudo le atravesó la garganta. Al-

zó amorosamente los ojos para mirar los de Felisinda, y viéndolos ya empañados de lágrimas, mezcló con ellas las suyas á pesar de toda resistencia.

¿Con que es preciso dexarme (dixo Felisinda)? Preciso (respondió Valdemaro). Mi antigua obligacion, mi hermana, el pueblo ::: ¡Tirano amor! ¡Ah, si nunca hubiera puesto el pie en este parage! ::: ¡Fatal momento aquel (interrumpió Felisinda) en que os viéron mis ojos! ¿Qué infeliz destino os conduxo á este sitio, si tan presto? ::: pero no, no habeis de partir, ántes me veréis muerta á vuestros pies. ¿Qué resolveis?

¡Qué atroz batalla de afectos (exclamó Valdemaro)! ¡Oh

débil corazon mio! ¿dónde está el valor que poco ántes tenias? ¡Ah, quán diferente aspecto tienen los peligros quando se miran de cerca! Ahora poco, parece que ya no temia los insultos que pudiera hacerme el amor, pero ya veo ::: ¡Infelice de mí! ¿Así se cumplen, Alberto, vuestros presagios? Amado Andrónico, ¿cómo les disteis fe tan presto? ¡Ah, qué vanas salen vuestras promesas, Gesner amable! Piromanto solo me hizo ver la verdad de mi destino. Pero si he de tener en fin una muerte tan violenta, si el dolor de ver morir á mi hermana ha de redoblar tan cruelmente los dolores de mi muerte, ménos mal será que yo mismo me quite la vida;

de esta forma , ni mi hermana pasará por el dolor de verme morir , ni yo tendré la pena de ser testigo de su muerte.

¿ Delirais acaso (preguntó Felisinda)? Dexad esos temerarios designios , adorado dueño mio: pensad que vuestra muerte ha de apresurar tambien la mia. Si me amais , que abandoneis os ruego pensamientos tan funestos. ¿ Quién estando en compañía de Felisinda podrá daros la muerte ? ¿ Y cómo es posible que veais la de vuestra hermana , quando acabó ya el curso de su amarga y trabajosa vida ? Pensad , pensad en vivir con Felisinda : quedaos en este bello parage , formado quizá desde el principio para que vos le goceis : sí , para que le goceis

en compañía de Felisinda , que el cielo destinó sin duda para esposa vuestra. ¿ Qué resolveis en fin ? Darne la muerte (respondió arrebatadamente Valdemaro). Este mismo puñal que tantas veces ::: ¡ Ay de mí (exclamó Felisinda arrojándose con ímpetu sobre Valdemaro)! ¿ qué es lo que haceis ?

Por presto que se arrojó , no pudo detener el impulso , solo pudo cambiar el blanco ; pues el golpe fatal que se dirigia á Valdemaro , cayó sobre ella misma , hiriéndola el funesto hierro en el brazo izquierdo. Tiñe luego la sangre sus ricos vestidos , riega el suelo , y cae desmayada. Valdemaro queda inmóvil y pasmado , cáele de la mano el sangrien-

to puñal, y no sabe qué hacerse: mas viendo que Felisinda se iba desangrando, la toma en sus brazos, levanta el grito, clama sobresaltado. Acude la gente de palacio, y viendo la desgracia de su Señora, ponen las quejas sobre el cielo, improperan á Valdemaro pensando que habia sido el agresor, convocan á la vecina gente, acuden todos, y formase un motin. Arrebatan unos á la desmayada de entre los brazos de Valdemaro para curarla, otros cargan sobre este para aprisionarlo; y llenándole de golpes y de injurias, y arrastrándolo de los cabellos por aquellas salas, lo conducen á una triste cárcel, sin darle lugar siquiera para proferir palabra.

Pues, y ¿qué ha de ser de mí ahora (decia entre sí mismo)? ¿Quién podrá libramme del terrible golpe que la muerte va á descargar sobre mí, quando no hay ninguno entre tantos que no medite mi ruina? Mi hermano me persigue, Andrónico y Gesner me engañan, Alberto me ayuda á precipitar, mi hermana no puede remediarme, y aquí donde se trataba de mi felicidad, solo se trata ya de mi perdicion. Si curso los mares, ó quieren sepultarme en sus abismos, ó me arrojan á la tierra por no sufrirme: si camino por la tierra, no encuentro mas que lazos, tropiezos y precipicios: si levanto los ojos al cielo, lo veo irritado contra mí. Pero ¿qué me fatigo

en vano? A qualquier parte que vuelva los ojos, veo retratada mi destruccion: ¿por qué pues no ha venido ya la muerte? ::: ¿Mas qué pronuncio? ¿Quándo acabaré de llamar á la muerte para mi remedio? ¿Quándo sabré poner toda mi confianza en Dios? ¿No puede ser que por castigo de esta exêcrable injuria tantas veces repetida, vengan sobre mí tanta inmensidad de trabajos? Si yo no hubiera empuñado el fatal acero para matarme, no me veria ahora en tan infeliz situacion. ¡Ah! quando me veo á la márgen del precipicio, conozco mi error, y vuelvo sobre mí; pero luego me abandono á mis pasiones, quando estoy distante del peligro. De esta suerte vivo entre desaciertos,

arrepentimientos y reincidencias. ¡Ay de mí triste! ¿por qué no me dexo gobernar de aquel que sabe lo que me conviene? ¿No tengo bien experimentado quán en mi favor se muestra la Providencia suprema? Todos los males que sufro, son frutos de mi ciega obstinacion; y no solo tengo en mí mismo el origen de mis males, sino que lo soy tambien de los ajenos. Felisinda herida por mi causa, Felisinda próxíma á morir, Felisinda ::: Esto dicho, pone el codo sobre la rodilla, reclina la cabeza sobre la palma de la mano, clava los ojos en el suelo, y se queda en la cárcel discurrendo confusamente consigo mismo.

Felisinda, ayudada de los me-

dicamentos y demas diligencias de sus solícitos vasallos, se recobra de su desmayo, y apenas abre los ojos, sin cuidarse del dolor de la herida, los vuelve á todas partes para buscar entre la multitud á su idolatrado Valdemaro. Como no le vió, dixo con un esfuerzo propio de su pasión: ¿y qué se ha hecho Valdemaro? Descansad, Señora (le respondiéron pensando adularla), que ya lo teneis asegurado en la cárcel. Pues, y ¿quién os ha dicho, que debe ser culpado el inocente (replicó con un ayre de magestad que hizo temblar á los que la oyéron)? No me hirió Valdemaro, amor me hirió, de él me quejo: poned á Valdemaro en mi presencia, y despejad ja estancia.

Obedeciéron todos sumisamente, y al instante le presentáron á Valdemaro. Venia cubierto de mortal palidez, penetrado de una tristeza desenfrenada, llena su alma de afliccion, y enrasados en lágrimas los ojos. Apenas le vió Felisinda, se le trabó la lengua, y no pudo hablar palabra; solo tuvo aliento para decir á Filena, que cerrase la puerta de la sala, y los dexase solos.

¿Qué es lo que quereis, Señora (dixo Valdemaro puesto de rodillas, y arrimada la cabeza al lecho de Felisinda)? Yo soy la causa de vuestro mal. No os engañais (le respondió Felisinda). Vos sois la causa de mi mal, es verdad; pero no me quejo de que lo seais, quéjome de que no

querais darme remedio. Yo beso y adoro ciegamente el sangriento hierro que me hirió; aprecio muchísimo la herida, si la roxa sangre que tiñió el suelo, sirve de ablandar vuestro corazon y mejorar mi suerte; pero si la herida ::: si la sangre ::: ¡ay de mí! ¿aun pensais en partiros? ¿Pensais aun en dexar á Felisinda? ¿á Felisinda que muere por amaros? ¡Oh amarga ausencia! Valdemaro ::: ¡infelice de mí! Si no os mueve mi llanto, si no os enternecen mis sollozos, muévaos á lo ménos el pensar que vuestra partida me ha de dar la muerte. ¿Cómo ausente de vos podré llevar la amarga vida que medito? Volveré mis cansados ojos para mirar ese rostro amable que im-

primió en vos el mismo Adonis, y no veré mas que una importuna sombra que doblará mis penas. Desde lo mas profundo de mi triste soledad, llevada de mi amante desvarío, os llamaré por vuestro mismo nombre mil veces en el dia, y aun muchas mas por la noche; pero no tendré mas respuesta que el silencio, ó el eco amargo que renovará mis penas. El suave sueño ya no visitará á mis tristes ojos, huirá el descanso de mi cuerpo, y la dulce quietud no hallará paso para entrar en mi corazon. ¡Dedichada Felisinda! ¡qué de rigores te amenazan! ¿Y bien lo podréis consentir, amado Valdemaro? Valdemaro, por el amor que os tengo, por estas lágrimas



que vierto, por lo que vos mismo sois, os ruego, que ántes de partiros (si es que no basta mi llanto á deteneros), os ruego que con el mismo puñal que me hirió, rasgueis mi pecho, no os detengais, romped, abrid mil puertas para que salga el alma, pues no quiero tener una prenda que os es desagradable; no, no quiero ya un corazon que no es digno de vuestro amor. Dixo: y sin esperar respuesta, vuelve la cabeza á la parte contraria, y da libre curso á las lágrimas y á los suspiros.

Nunca se halló Valdemaro tan perturbado como en esta ocasion, ni jamas le pareció Felisinda mas hermosa, ni mas amable. El amoroso desmayo que se le advertia

en el rostro, el expresivo descaecimiento con que ponderaba sus penas, y las afectuosas lágrimas que acompañaban á sus palabras, añadian un prodigioso lustre á su belleza, y abrian nuevas heridas en el enamorado corazon de Valdemaro. No quiso malograr el halagüeño hijo de Venus ocasion tan oportuna. Al instante comenzó á dispararle algunas de aquellas flechas que se hacen irresistibles aun á los espíritus mas fuertes, y hablándole al interior, le dice:

¡Qué especie de crueldad es esta! ¿Así dexas morir á Felisinda entre las penas que la afligen, quando tú solo eres la causa de ellas? ¿Cómo tan presto olvidas las máximas de un tan

encarecido Andrónico? Ni te dexas gobernar por la Providencia, ni abres las entrañas á los clamores de los afligidos, como tantas veces te aconsejó él mismo. Filena probó que la Providencia te ha conducido á este parage; Felisinda clama, suspira y llora por el remedio que tú solo puedes darle; pero tú, llevado de tus ambiciosos deseos, desprecias las órdenes de la Providencia, y atropellas las leyes de la compasion. Mira como insensiblemente te vas precisando tú mismo á executar maldades no ménos enormes, que las que cometió tu hermano, por no hacer violencia á los asaltos furiosos de tu ambicion.

Ni pienses que podrás disimularla con el especioso velo de

la obligacion de socorrer al oprimido pueblo, ni á los desgraciados Andrónico y Ulrica-Leonor. Estos últimos no necesitan de ningun socorro, quando han acabado ya el curso de sus cansadas vidas; y el pueblo, teniendo ya un Rey que lo gobierna, en nada piensa ménos que en sacudir un yugo, que, léjos de serle pesado, le es muy suave.

¡ Infeliz y engañado jóven! El crédito que ligeramente diste á las necias predicciones de Alberto, no te dexa ver el abismo que se va abriendo para tu perdicion. Apoyado sobre tan débiles cimientos, pensabas que no faltarian guias seguras y manos hábiles para preservarte de todo lazo, y conducirte sin tropiezo

hasta la eminencia del trono; pero mira quán bien lo acredita lo sucedido. Sin la asistencia de Andrónico, sin la compa n a de tu hermana, y sin mas consejero que tu corazón ambicioso, te v s reducido   la mas infeliz situación; y quando no quieras admitir la fortuna que te ofrece Felisinda, te verás obligado á obedecer á las perversas máximas de la *desesperacion*.

No, Valdemaro, no: busca tu seguridad en el dulce regazo de Felisinda: quédate   gozar las delicias que te ofrece este pais agradable.   Por qué atropellas la Providencia?   por ce nir una corona que está enlazada de riesgos, cuidados, afanes y molestias?   por empuñar un cetro cer-

cado de espinas? No te engañes   t  mismo: otra corona mas suave, y otro cetro mas dulce te ofrece Felisinda. Sin mas cuidados que el de tu dulzura y tranquilidad, sin mas desvelos que los que exige el gusto de Felisinda y tu gusto propio, sin mas atención que la que piden las ternezas de dos amantes, podrás formar un círculo de vida, en el que no haya nada de uniforme.

Esto sugeri  el *Amor* al afligido Valdemaro, y como si despertara entónces de un profundo sueño, le dixo   Felisinda: Volved, Señora, hácia m  vuestros amables ojos.   Acaso soy indigno de vuestro amor?   Cómo apartais de m  la vista?   Quereis con vuestros desvíos añadir nuevos ri-

gores á las penas que sufro? Suspended, Señora, el llanto, reprimid vuestros suspiros. ¿Quereis encender mas con ellos la amante llama que me devora? Mi amor no necesita de incentivos: vuestra hermosura, vuestra gentileza, vuestras virtudes::: no mas: bástame deciros que os amo. ¿Os admirais? Os amo; mal lo dixen, os idolatro. Solo siento, Señora::: ¡Cruel destino! Envidia tiene ya mi triste corazon á los que libres nacióron; á los que, sin mas cuidado que el de su propio interes, pueden dexar que corra sin límites su libertad. ¡Cuán feliz sería, si hubiera yo nacido como ellos! ¡Cuán libremente os entregaría mi mano y mi corazon! En estas apacibles selvas ::: en

este suntuoso palacio ::: Mas ¡ó qué vanos proyectos! Yo sujeto á obligaciones: yo ::: el clamor del oprimido pueblo, Señora, las insolencias del intruso Rey, la infeliz situacion de mi hermana, el desamparo de Andrónico ::: Señora, Valdemaro os adora; quisiera que el destino ::: pero :::

Sin poder proferir otra palabra, dexa á Felisinda vacilando entre temores y esperanzas, y se retira á la estancia inmediata, impelido de un confuso tropel de cavilaciones. Hallábase su corazon lo mismo que un baxel combatido de contrarios vientos, que ya se hunde hasta las arenas, ya se eleva sobre las nubes, ya se inclina hácia un lado, ya se dobla hácia el otro. No podia

mantenerse firme en ninguno de quantos medios elegia: los que aprobaba en un instante, á breve rato los despreciaba, y los que le parecian útiles, se le antojaban impracticables. En esta confusion quédase dormido, y al momento se le presenta una imágen toda celestial. Sobre una nube que llevaba copiados todos los colores de que se viste la Diosa Iris, baja un venerable y magestuoso personage. La gravedad apacible de su anciano rostro, el brillante golpe de luz que despedian sus ojos, el olor suave que exhalaba su cuerpo, y la inefable belleza de que estaba revestido, dexáron embriagado el espíritu de Valdemaro, y como embebido en un soberano éxtasis.

No extraño que no me conozcas (le dixo). Tus ojos cubiertos de sombras, no son capaces de percibir lo que es puramente celestial. Yo soy tu padre Heroldo, á quien tu necio hermano abrió, aunque con violencia, la puerta para entrar en la mansion eterna del descanso. La distancia infinita que media entre esta tierra infeliz y la patria dichosa en donde habito, no me ha impedido ver ni su sacrílega ambicion, ni los infortunios de Ulrica-Leonor, ni la tirana opresion del pueblo, ni tus desgracias. Todo lo he visto, y todo lo he visto con ojos serenos, porque en aquella mansion feliz, no puede haber cosa que lleve mezcla de dolor. Si esto fuera po-

sible, lo hubiera yo tenido mas de ver la ligereza de tu corazon, y la poca confianza en la Providencia suprema, que de todos tus desastres. Semejante á una ligera caña que se dobla á qualquier impulso, te has dexado arrebatar sin discernimiento; pues si aun no sabes dirigirte á ti mismo, ¿cómo gobernarás tu pueblo? Si tienes tan poca firmeza que te doblas á qualquier afecto, ¿cómo tendrás esfuerzo para sostener el peso de la Monarquía? Y si no tienes valor para sufrir tus desventuras, ¿cómo llevarás despues en tu seno las miserias de tus vasallos?

He aquí por qué el cielo te va dilatando la posesion de un trono que te pertenece de justi-

cia. Tu brazo sobradamente débil no podrá mantener siempre recta la espada, y tu floxa mano no podrá sostener la balanza sin titubear. El cielo te ama, y quiere por lo mismo, que ántes de colocarte en el trono, tengas prevenido un buen fondo de sabiduría y probidad, para poder gobernar al pueblo segun las leyes de la justicia: que reformes tu corazon para que puedan tus vasallos tener en él un modelo de virtud que imitar; y que arranques de raíz, ó á lo ménos que sujetes las pasiones que puedan perturbarte, para que no te engañes como hasta ahora en tus resoluciones.

¿De dónde ha venido creer tan fácilmente, que la Providencia te ha conducido á este pais para

que desfrutes los placeres que te ofrece Felisinda? ¿De dónde creer con tanta ligereza la fingida muerte de Andrónico y Ulrica-Leonor? ¿Te parece que el cielo puede faltar á sus promesas? ¿Cómo podría permitir, que despues de haber vencido tantos obstáculos, te dexases ahora enredar de los amantes lazos de Felisinda? ¿Sufriria que Felisinda obscureciera la gloria que te has adquirido hasta ahora? ¿Permitiria que abandonases á tu pueblo que gime baxo el yugo del pérfido hermano, para que te unieras con el de un pasagero amor á Felisinda? ¿Cómo podría permitirlo, quando por decreto irrevocable está firmada la ruina de Christerno, y la elevacion de Valdemaro?

No, hijo mio, no: sacude el torpe letargo en que vives, y oye las quejas y clamores de tus vasallos. No les cierras los oidos, acude á socorrerlos y á restituirles la felicidad que Christerno les ha usurpado. Marcha luego sin dexarte ver de Felisinda, corre al vecino bosque, vence la aspereza del mas elevado monte, dobla su cumbre y encamínate á Stralsund, cuyos muros descubrirás de léjos. Allí encontrarás á Andrónico, y á Ulrica-Leonor, prosiguiréis juntos vuestra navegacion, se os ofrecerán nuevos trabajos; pero sus extremos los coronará despues el gusto de verte en el trono para la felicidad de tu pueblo.

Esto dicho, despierta Valde-

maro , y sin detenerse en averiguaciones , ni reflexionar sobre las circunstancias del sueño , parte ocultamente de palacio , y pone en execucion quanto se le acaba de decir.


Felisinda , teniendo por sospechosa su tardanza , llama á las criadas , y les manda que lo hagan venir á su presencia. Obedecen al instante , buscan por todas las estancias de palacio , recorren el jardín , vuelven á su Señora , y le dicen que Valdemaro no parece. No basta el dolor de la herida , ni el descaecimiento de sus fuerzas para detenerla. Levántase mal arropada , busca por todo el palacio , y viendo que en ninguna parte halla vestigios de la prenda por que mue-

re , cae desmayada. Recóbrase á breve rato , abre floxamente sus tristes ojos , vuélvelos hácia todas partes , llama repetidas veces á su idolatrado Valdemaro , y no logrando mas respuesta que el silencio , atropella por entre los brazos que la detenian. Dexa el palacio , y arrastrada de su ciega pasion , se embreña en el triste bosque , corre acá y allá desatinadamente , no atiende á los clamores de sus criados que la seguian de léjos , llama por su propio nombre á Valdemaro , pero Valdemaro no responde. Rompe desesperada las vendas de la herida , rasga con furia sus vestidos , esparce por el ayre los cabellos que arranca con ambas manos , sube con vacilantes pa-



tos á la cumbre de un alto monte, y se precipita temerariamente.

Esto sucedió con la enamorada Felisinda, en tanto que Valdemaro, siguiendo su destino, se iba acercando á Stralsund.



## LIBRO VIII.

**N**O hubo cosa alguna que pudiese impedir el paso á Valdemaro en el viage á Stralsund. Ni el sol le molestaba de dia, ni el frio le ofendia de noche. Los mas ásperos senderos le parecian suaves, fáciles los montes mas impracticables, el camino breve, el cansancio alivio. De esta suerte, ó fuese por el desahogo con que respiraba viéndose li-

bre de la tirana opresion en que lo tenian los amores de Felisinda, ó por el vehemente deseo que tenia de verse con Andrónico y su hermana, ó por disposicion de la Providencia, llegó felizmente y en breve tiempo á la Ciudad de Stralsund.

Al instante se encamina al puerto, y llega justamente quando acababan de desembarcar Andrónico y Ulrica-Leonor, en compañía de Rosendo y Parimando el Capitan de la misma nave que habia perdido. Publican los ojos el júbilo de tan feliz encuentro, y con repetidos abrazos declaran el regocijo que no podian expresar las lenguas. *vila oionano lo 9v*  
 Despues de haber buscado habitacion para los dias que habian

de detenerse en aquella Ciudad; y despues de haber dado todo desahogo á sus alegres afectos, se contáron mutuamente sus aventuras. Andrónico contó el continuo sobresalto en que los tenia la tardanza de Valdemaro y de sus compañeros, quando se desviáron del navío: el nuevo tormento que comenzó á martirizarles quando al amanecer se halláron en otro horizonte, sin que el viento les permitiera volver á la costa donde los habian dexado: el temor del precipicio de Valdemaro viéndole abandonado á sí propio, sin ninguna mano hábil que pudiera desviarle de los peligros; y como finalmente, impelidos del viento, habian aportado en aquella Ciudad, sin sa-

ber el destino que les guiaba.

Consecutivamente refirió Valdemaro lo que le sucedió en las fiestas que se celebraron en la playa, el triunfo que habia ganado en los dos combates, la pérdida de sus compañeros, y quanto le aconteció hasta llegar al palacio de Felisinda. Contó la tormenta de afectos en que tantas veces habia peligrado su corazón: la capciosa astucia con que Filena le aseguraba la muerte de Andrónico y de Ulrica-Leonor: el volcan amante que en su pecho ardia por Felisinda: el riesgo de que la libró en el monte, ahogando entre sus brazos al ferroz bruto: la resolucion de desposarse con ella: el funesto acaso de herirla con el mismo gol-

pe con que queria darse á sí mismo la muerte: el alboroto de palacio y su prision. No pasó por alto el mayor y mas inminente riesgo en que se habia visto, quando Felisinda, despues de haberlo hecho desencarcelar, le habló desde el lecho de su enfermedad; ni tampoco dexó de decir como se le habria entregado por esposo, si no se lo hubiera estorbado la aparicion de su padre Heroldo entre sueños. Finalmente contó su salida de palacio sin verse con Felisinda, y el arribo á Stralsund.

¡Ah, querido Andrónico (exclamó inmediatamente)! Nunca habia yo experimentado los efectos que causa la ciega pasion de amor. Imaginaba que todo era

dulzuras y placeres , pero he venido á conocer bien á costa mia, que no es sino disgustos y amarguras. Al principio me parecia ir caminando por un espacioso llano guarnecido de flores y delicias ; pero luego ví que me iba introduciendo por una estrecha senda sembrada de espinas : volví la vista hácia atras , y no ví camino para salir de ella ; estaba ya cerrado el paso. Mi corazón se hallaba oprimido de angustias , mi alma no conocia las dulzuras de la tranquilidad , mis suspiros obscurecian el ayre por donde quiera que iba , y no podía poner el pie en parte alguna , sin que la regasen mis lágrimas. La noche que parece habia de dar alivio á mis congojas , las

aumentaba extraordinariamente ; y por la mañana , quando la auro-  
ra comenzaba á dar nuevo esplendor á la tierra con su vista , me hallaba yo nuevamente cubierto de tristeza , y humedecido el lecho con mi llanto. ¡ Qué turbacion en lo interior ! El entendimiento ya no tenia libertad para conocer leyes , respetos ni obligaciones : Felisinda me dominaba. La valentía de sus palabras, la portentosa fuerza de sus expresiones , el dulce hechizo de sus lágrimas , y el mágico atractivo de su belleza me arrastraban por donde querian , y me habrian finalmente enredado en sus amantes lazos , si no me hubiera abierto los ojos aquel sueño feliz.

Pero lo que me atormentaba

sin ponderacion mas que todo esto, era verme precisado á creer que la Providencia me habia conducido al pais agradable de Felisinda, para concluir mis dias á su abrigo; y que, conforme á vuestras sábias máximas, debia yo rendir mi voluntad á la Providencia, abandonando el cetro, ó (por decirlo mejor) no porfiando para empuñarlo, supuesto que el cielo no me lo habia de permitir. Paragonaba estas razones de Filena con las predicciones de Alberto, y no hallando conexi6n, no sabia qué partido tomar. Luego me acudia á la memoria la vision que tuve en la tenebrosa cueva de Piromanto; y la terrible muerte que habia de arrebatarme mi vida con la

de mi hermana, me cerraba el paso para salir de la sombra de Felisinda. ¿Qué medio habia de elegir ent6nces? Todo (conforme á vuestra doctrina) lo consideraba como efecto de la Providencia, y no pudiendo hallar modo de conciliar extremos tan opuestos, me ví reducido á darme la muerte, que era la única puerta que encontraba para salir de tanta confusion.

Si la Providencia (me decia yo á mí mismo) gobierna todas las cosas, y todas las ordena siempre para nuestro bien, ¿cómo podria permitir que se opusiesen á mi felicidad tantos obstáculos como se oponen á cada instante? ¿tantas barreras que me disputan el paso? ¿tantas dificultades insu-

perables á mis débiles fuerzas ?  
 ¿Hubiera permitido acaso , ni el parricidio enorme que cometió Christerno , ni la infamia con que obscureció mi honor , ni la desgraciada fuga que hice de palacio ?  
 ¿Permitiria despues , que Piromanto me amedrentara con tan horrosos espectros , hasta conducirme á la márgen del precipicio ?  
 ¿ que los vientos , los mares , los elementos todos contradixeran mi destino ? ¿ que Felisinda preparase tantos lazos para prenderme , y usase de todos los encantos de su hermosura y discrecion para seducirme ?  
 ¿Permitiria en fin , que mi mano empuñase tantas veces el funesto hierro para matarme ?  
 ¿ Qué gloria puede resultarme de todas estas permisiones ?

La misma , y aun sin comparacion mayor ( respondió prontamente Andrónico ) que la que le resulta á un soldado , quando rompiendo esforzadamente por entre las trincheras y parapetos de los contrarios , llega valeroso á fixar una bandera en lo mas alto de sus muros. La misma que le resulta á un piloto , quando sabiendo contrastar los furiosos embates de una borrasca , llega tranquilamente al puerto. La Providencia de Dios ( como ya tantas veces os he dicho ) asiste en todas las cosas , y todas las ordena para nuestra felicidad : ¿ pero pensaréis que nos la querrá conceder , sin probar ántes nuestra paciencia con los repetidos golpes de los trabajos ? ¿ Nos querrá dar

de valde (digámoslo así) una corona de infinito valor? No puede cogerse la rosa sin lastimarse la mano con las espinas; y para que podamos llegar á la posesion del dia feliz, se hace preciso que pasemos por la tenebrosa noche de trabajos y contradicciones.

Pero mirad en esto mismo cuánto brilla la divina Providencia, y cuán bien procura ordenarlo todo para nuestra felicidad. A medida de los trabajos, nos da esfuerzo para sufrirlos; y á proporcion de las tentaciones, nos da tambien auxilios para vencerlas. ¿Hubierais podido salir de la triste cárcel en que os encerró vuestro hermano, ni libraros de tantos peligros en que os habeis visto, si la mano de la Provi-

dencia no os hubiera socorrido? Dios ha permitido que os vierais muchas veces á pique de daros la muerte; pero ¿qué secreta fuerza no habeis sentido siempre en lo interior, que os detenia el bárbaro impulso? Y aun quando en el palacio de Felisinda parece que el acero iba á romper irremediabilmente el lazo de vuestra vida, permitió Dios que Felisinda recibiera la herida, para que con un mismo golpe despertarais ambos del infeliz letargo en que viviais. ¡Ah! si Dios con su sábia providencia no empleara todos los acontecimientos de esta vida para nuestro bien; ¡quántas veces nos hubiéramos sepultado en el abismo de nuestra perpetua ruina! Aun aquellos ac-

cidentes que parece no tienen conexión alguna con nuestra felicidad, sirven las mas veces para que la logremos mas seguramente. El parricidio infame de Christerno, abrió á vuestro padre la entrada para la patria celestial, que habria tal vez hallado cerrada, si hubiera sido mas larga su vida. La infamia que os atribuyó, sirve para que os labreis una corona de gloria con el sufrimiento, y al mismo Christerno sirve para hacerle conocer de cuántas maldades es capaz un hombre que se abandona al torrente impetuoso de sus pasiones.

Apénas acabó Andrónico de proferir estas palabras, quando Valdemaro despues de haber estado suspenso un largo espacio,

dixo: He aquí por qué el cielo no me permite ceñir la corona de Dinamarca. Me dexo arrebatado de la corriente de mis pasiones; no tengo firmeza bastante para contrastarla; y mi corazon, semejante á una ligera hoja que arrebatada el viento, se dexa llevar de qualquier accidente: ménos que no se engendre un nuevo corazon en mi pecho, no seré capaz de empuñar el cetro. Si ahora quando están léjos de mí los graves cuidados que cercan al trono; si ahora que no tengo que cargar sobre mis hombros el peso de las necesidades, inquietudes y quejas de los vasallos; si ahora que no tengo que dirigir á nadie mas que á mí mismo, me hallo las



mas veces sin accion , y sin saber qué partido tomar , ¿qué será despues quando me vea oprimido con el peso de la corona? Sin conocimiento del corazon humano , sin arte para evitar los riesgos de la precipitacion , sin prudencia ni política bastante para mantener los intereses del estado , sin perspicacia para penetrar los secretos de los gabinetes, sin inteligencia para exâminar los motivos que deben abrir una guerra , y finalmente , sin mas caudal que un corazon sujeto á mil pasiones , que unos ojos cubiertos de sombras , y que un juicio corrompido , ¿ cómo me atreveré á subir al trono , sin que al primer movimiento no vacile , y caiga en el precipicio?

En vano se me asegura que mi elevacion al trono será la felicidad de mi pueblo , porque ¿ cómo podré hacer felices á los extraños , quando no puedo hacerme feliz á mí propio? Por conseguir está dicha , he padecido trabajos inmensos , he superado inmensas dificultades ; pero de cada obstáculo que atropello , se levantan infinitos mas incontrastables. Todo se opone á mis designios , y yo quiero atropellarlo todo : ¿ qué resultas podrá tener esta ciega porfía , sino la que logra el que se obstina en navegar contra la rápida corriente? ¡ Ah! no conozco en mí ninguna de tantas admirables qualidades como se requieren para empuñar el cetro ; y ¿ cómo podré porfiar en

empuñarlo, quando sé que todos los pasos que se dan hácia una dignidad que no se merece, son otras tantas intrusiones escandalosas?

No, no quiero engañarme: experiencia bien costosa tengo en mi hermano Christerno, de lo que puede hacer un hombre que se dexa llevar de su pasion dominante. ¿Deberé arriesgarme á mil necios desvaríos por seguir mis ideas ambiciosas? No, no quiero sacrificar mi quietud á mis deseos, que por mas disimulados que sean, no dexarán de tener anexô algun resabio de ambicion. Reyne Christerno enhorabuena, que Valdemaro no quiere ocupar un puesto, en el que para mantenerse recto, se necesita un fon-

do de virtudes que yo no tengo todavía. Volvamos, amado Andrónico, á la Isla de Alberto, ó á la deliciosa vega de Gesner, que mas aprecio la paz y sosiego que allí se goza, que toda la opulencia y fausto de la corona.

Ninguno pudo dexar de admirarse de este nuevo modo de pensar en Valdemaro; y tanto mas se admiráron, quanto le habian visto ántes tan inexôrable contra Christerno, y tan empeñado en destronarlo: pero Andrónico queriendo que Valdemaro fundase sobre las mismas razones que acababa de decir, todo el edificio de su seguridad, le dixo: Nunca, mi querido Valdemaro, me habeis parecido mas digno del cetro, que quando mas

lo estais despreciando. Esas mismas reflexiones que sábiamente haceis, me obligan á creer que conocéis harto bien los riesgos de que está enlazada la corona, y consiguientemente, que sabréis evitarlos con destreza. Qualquiera que sabe prevenir los peligros, sabe tambien apercibirse para no tenerlos; y el que conoce los precipicios de un camino, sabrá mejor que otro alguno cautelarse para no caer en ellos.

Sé muy bien que los afanes, fatigas, manejos, instancias, y las importunidades con que se solicita una dignidad, son pruebas incontextables del poco mérito del que las practica; y por el contrario, la resistencia á los ruegos y á las instancias, y la negacion

á las persuasiones y solicitudes, son argumentos del mérito que le acompaña. Mas no por esto debéis tener por intrusiones sacrílegas (como decís) los pasos que habeis dado para llegar al trono, porque nadie podrá culpar de delinquentes vuestros deseos, quando se dirigen á lo que justamente podeis aceptar. Quando no os perteneciera de justicia el trono de Dinamarca, podríamos decir que son culpables los deseos, reprehensibles las solicitudes, y temerarias las diligencias que habeis practicado hasta ahora: pero ¿qué cosa podeis desear con mas equidad, que un cetro que se os debe de justicia? ¿que una corona que os han arrebatado sacrílegamente? ¿que un trono que

os han usurpado con tanta violencia?

No, amado Valdemaro, no: vos debéis proseguir animosamente vuestro viage, y atropellar quantas dificultades se os opongan hasta veros en la eminencia del trono. Esperad en el poder del Señor, y no le provoquéis ya mas con vuestras antiguas desconfianzas. Estad perfectamente persuadido, de que el espíritu de Dios que no puede engañarnos, nos conduce por la mano, nos libra de los precipicios á que quieren arrastrarnos nuestras pasiones, nos levanta del suelo quando estamos mas descaídos, y nos da esfuerzo para vencer las dificultades que se nos oponen. Y quando vos mismo es-

tais experimentando estas incontestables verdades, ¿podréis dudar que la Providencia os preservará de todo lazo, hasta que llegueis á la consecucion del justo fin á que aspirais?

Pero quando el cielo me ponga el cetro en las manos y la corona en la cabeza, ¿qué haré yo (preguntó Valdemaro)? ¿Sabré acaso precaverme contra los hombres que tienen tantos modos de manejar su ambicion? ¿Cómo sabré desviar del trono á los hombres perversos, y buscar á los sinceros y justos, quando cada uno procura encubrir sus delitos con aparentes virtudes? ¿Cómo sabré correr el velo de la hipocresía con que ocultan sus artificios? Un corazon corrompido

y lleno de hediondez , sabe vestirse de inocencia para grangearse la benevolencia de los Poderosos ; un alma que exhala el hedor de los vicios que la infestan , sabe respirar los olores mas suaves de la virtud ; y un hombre vil y despreciable , sabe aparecer edificativo y lleno de piedad. ¿Qué sagacidad no es menester para penetrar tantos artificios?

Si tuviera la fortuna de rodear mi trono de hombres sinceros y fieles , no temeria inclinar mi cabeza para recibir la corona ; pero ¿ cómo pueden quedar hombres de bien en Dinamarca , quando Christerno parece que tomó el empeño de exterminarlos ? En toda Dinamarca no quedará huella de virtud , la verdad habrá deserta-

do de sus términos , la piedad se habrá retirado á los montes , y solo se verán entronizados el error y el vicio. Esta consideracion me acobarda demasíadamente , y me hace mirar con pavor un cetro , cuyos hechizos me arrebatában en otro tiempo.

Así como nunca suele ser tan impetuosa la furia de un torrente (respondió Andrónico) , que en una ó en otra orilla no perdona alguna reliquia , para que levante la cabeza en medio de la ruina ; así tampoco suele ser tan general la relaxacion , que no se encuentren algunos hombres de providad y de virtud. Por mas dominante que se halle la depravacion , por mas que la relaxacion extienda su brazo corrompedor,

siempre hay algunos retiros que esconden hombres justos, y que no han inmolado su entendimiento al engaño. No penseis pues que en Dinamarca falten personajes que puedan servir de columnas firmes para sostener el trono; y aun quando estos faltaren, no podríais dexar de ver siempre triunfantes la verdad y las leyes que no pueden padecer corrupcion, y que son los únicos apoyos sobre que debe estribar el buen régimen de la Monarquía.

No quiso Valdemaro replicar á Andrónico, porque en el discurso de su vida habia aprendido bien á costa suya quanto arriesga qualquiera que se resiste á los consejos de un sabio, por seguir las máximas de su capricho.

y sometiéndose á las disposiciones de Andrónico, y á los designios de la Providencia, variaron la conversacion, y comenzaron á tratar sobre la continuacion de su viage.

No estuvieron ociosas en este tiempo las furias infernales. La *desesperacion*, viendo quan malos grados habian sido los designios de Pluton, bate impaciente sus negras alas, atraviesa las lóbregas sombras del abismo, entra en el obscuro retrete donde se esconden las demas furias, y les ruega que la acompañen á la presencia de su Rey. Gustosas acuden á socorrerla, y vistiéndose de sus furores, dexan el tenebroso albergue, y se presentan ante el terrible solio.

¿Es posible, ó poderoso Rey (le dice la *desesperacion*), que jamas haya de venir á veros, sino para llorar agravios y presentaros quejas? Valdemaro burló los encantos de Felisinda, ha triunfado de ella haciéndola morir desastrosamente, y ahora corre sin embarazo á colocarse sobre el trono de Dinamarca. Ya lo sabeis, no tengo necesidad de repetíroslo. Si es razon que triunfe de vos, y que haga burla de vuestro poder, vos lo debeis contemplar, que á mí desdichada, no me queda otro recurso que el de mi tormento. Sin embargo, si vuestra voluntad quiere por un breve tiempo sujetarse á la mia, yo os prometo y juro por vuestra amada Proserpina, que dentro del

término de dos dias, el *miedo*, la *temeridad* y yo, pondrémos por peana de vuestros pies á Valdemaro, á Andrónico, á Ulrica-Leonor, y á quantos intentaren atropellar vuestro honor, vuestro respeto, y vuestras fuerzas.

No es justo que os niegue peticion tan razonable, y en la que tanto interesa mi honor (respondió Pluton). Os doy mis facultades para que de la tierra y del abismo, elijais quantos instrumentos os parezcan á propósito, para lograr feliz éxito en vuestra empresa. Eolo mandará á vuestro arbitrio toda la caterva de vientos que tiene baxo su jurisdiccion; Neptuno mi hermano hará ensoberbecer las ondas de los mares; y yo ¿qué podré negar-

ros quando se trata de mis intereses?

Apénas dixo, quando con la misma velocidad que se disparan de la nube los rayos para causar estragos hácia las quatro partes del horizonte, partiéron del abismo las tres furias. El *miedo* vuela á Stralsund, corre al puerto, entra en la nave, y aguarda oportunidad para introducirse en los corazones de Andrónico y Ulrica-Leonor. La *desesperacion* y la *temeridad*, despues de haber prevenido á Eolo y á Neptuno, para que conspirasen con sus fuerzas al logro de sus proyectos, se paran atentos junto al palo mayor de la nave, para insinuarse en Valdemaro quando les parezca conveniente.

No bien se hicieron á la vela

con el disignio de arribar á Suecia, y tomar las provisiones necesarias para arrojarse sobre Christerno y destronarlo, quando los desapiadados Eolo y Neptuno diéron libertad á los vientos y á los mares, para que exerciesen sus furros al arbitrio de la *desesperacion*.

Al instante retira el sol sus luces, el cielo se cubre de nubes, los rayos cruzan con violencia por la atmosfera, los truenos infunden horror hasta en las rocas, las ondas se enfurecen, y la triste nave se dexa arrebatarse por todas partes, como si fuera forjada de ligero corcho. Rechinan las maromas, cruxen las tablas, rásganse las velas, las xarcias se destrozan, rómpense los



cables, y se estremece violentamente toda aquella voluble máquina. Pierde el tino el piloto, descaece el Capitan, desmayan los marineros, y el *miedo* que nunca habia tenido jurisdiccion sobre el ánimo de Andrónico, se le apodera ahora, y lo dexa acobardado á un lado de la nave junto á Ulrica-Leonor, que temblando y palpitándole el corazon en el pecho, estaba para dar el último aliento. La *desesperacion* y la *temeridad* se introducen en el corazon de Valdemaro, hácenle creer que su ánimo es superior á los peligros que le cercan, y que la desenfrenada tormenta que á todos intimida, no debe acobardarle. Esforzado con este nuevo engaño, corre te-

merariamente de una parte á otra de la nave, da y exerce á un mismo tiempo las órdenes que ni podian exercer ni sabian dar los otros, y procura infundir valor en los acobardados; pero pensando encontrar con sus temerarias faenas la vida para todos, no halló sino la ruina para sí mismo. Una furiosa ola le arranca de la nave, y le sepulta en las aguas.

Con la misma velocidad que la cariñosa madre corre á sostener al hijo tierno que vé caer en algun precipicio, así Ulrica-Leonor corrió hácia el borde de la nave, quando vió caer en el mar á su desgraciado hermano. Andrónico y los circunstantes á pesar del *miedo* que les ocupaba, cor-

ren tras Ulrica-Leonor pensando que iba tambien á precipitarse, cogenla por las faldas del vestido, cae de golpe sobre la cubierta, y queda desmayada. Rosendo se arroja intrépido á la mar, lucha con las embravecidas ondas, se fatiga por salvar á Valdemaro, pero cansado en vano, se recoge otra vez á la nave. Cruza entónces Andrónico las manos sobre el pecho, clava sus tristes ojos en el cielo, y dice: ¡Es posible lo que veo, Dios mio! ¡podeis por ventura faltar á vuestras promesas! ::: Sin poder proferir otra palabra, baxa otra vez la cabeza, y comienza á bañar con sus lágrimas el rostro de la desmayada Ulrica-Leonor.

El Capitan y los mas prin-

cipales de la nave, no se hallaban ménos angustiados que Andrónico. El afecto que dulcemente les habian robado las amables prendas de Valdemaro, y las no ménos recomendables de su hermana, les hacian sentir sobre toda ponderacion la desgracia del uno, y la afliccion de la otra. Todos mezclaban sus lágrimas con las del dolorido Andrónico, y transportados en tan cruel congoja, parece que habian olvidado los peligros de la borrasca.

Esta es la única y desgraciada reliquia que nos queda del grande Heroldo (decia Andrónico teniendo á Ulrica-Leonor en sus brazos). ¡Heroldo amable! ¡y bien podeis mirar desde esa mansion feliz donde habitais, bien po-

deis mirar sin enterneceros , la desgraciada muerte de vuestro hijo Valdemaro , la grave angustia de esta hija vuestra que tengo recogida en mis ancianos brazos , y la afliccion acerba que me oprime ! ; Y cómo no besan mil veces vuestros puros labios la peana del trono del Omnipotente para implorar ! ::: ; Valdemaro infeliz ! ; desgraciado Valdemaro ! ::: Mas ¿ cómo el cielo no ha exterminado ya al infame Christerno , causa de tantos desastres ? ; Dios mio ! ; vive aun Christerno , y Valdemaro ya no existe ? ; Christerno , el pérfido Christerno ? ::: Mas ¿ adónde me arrebató el exceso de mi pasión ? Señor , en vuestra presencia derramo mi alma : no se esconde á vuestros ojos la enorme

angustia que me aflige ::: ; Ah , si yo pudiera trasladar mi vida al cuerpo yerto de Valdemaro ! Valdemaro seria útil al pueblo , quando yo no puedo servir mas que de embarazo . ¿ Cómo no trocáis , Señor , las suertes ? Valdemaro , hijo mio ; hijo mio Valdemaro ::: ; Ay de mí ! ; qué á poca costa ::: mi muerte sola ? ::: pero , Señor , vos sois incomprehensible en vuestros juicios ; yo los adoro sumisamente ::: vos no podeis faltar á vuestras promesas .

De esta suerte procuraba dar Andrónico algun desahogo á su oprimido corazón ; y el Capitan , viendo que calmaba la borrasca , mandó que colocasen á Ulrica-Leonor en un lecho , para que con ménos incomodidad pudie-

ran aplicarle remedios para restablecerla. Hiciéronlo en efecto, y los marineros comenzaron á poner en órden lo que habia desbaratado la borrasca.

Estando en estas faenas, viéron venir un poderosísimo navío con todas las velas tendidas, y habiendo llegado á distancia proporcionada, derribó las velas de repente, hizo señal para pedir atencion, y levantando la voz dixo el Capitan: O vos qualquiera que seais Comandante de ese navío, si acaso teneis en vuestro poder, ó sabeis en donde habitan dos personages tan decantados por sus desgracias, como ilustres por su linage, llamado el uno Valdemaro, y el otro Ulrica-Leonor, decídmelo, ó entregád-

melos de buen grado, porque si no será preciso hacerósllos entregar por fuerza.

Quedó extraordinariamente sorprendido Parimando al oir la arrogante demanda del extranjero. Pensó inmediatamente que seria algun enviado de Christerno para prender á sus dos hermanos, como varias veces habia oido decir, y no queriendo errar en la respuesta, mandó avisar á Andrónico que estaba en la guarda de Ulrica-Leonor. Salió al instante, y despues de haber cumplimentado al Capitan extranjero, le dixo: Señor, si quereis hacernos el honor de pasaros á este ya desde ahora vuestro navío, nosotros os lo agradecerémos como es justo, y vos por

dréis darnos señas mas individuales de esos personajes que buscáis; quizá os daremos noticia de su paradero. Admito vuestros cortesés ofrecimientos (respondió el Capitan extranjero), y quiera el cielo que podais hacerme nuncio de felices nuevas.

Pasó el recién llegado Capitan al navío de Parimando, y habiéndose formado asamblea de los mas principales caballeros de ambos navíos, dixo: El abominable Christerno, ese hijo desnaturalizado, que hizo víctima de su ambicion á su padre Heroldo, que manchó la inocencia de su hermano Valdemaro con el negro atentado del parricidio, y le usurpó con sacrílega violencia el trono que el cielo le tenia des-

tinado, murió desastradamente á sus mismas manos; él mismo se atravesó el infame pecho con su espada.

No fué poderoso Andrónico para reprimir las lágrimas, ni pudo dexar de esparcir por el ayre los suspiros que no era capaz de sufocar en el pecho. Arrebatado de un impulso irresistible, dexa el asiento, levanta hácia el cielo su anciana cabeza, esparce acá y allá sus trémulos brazos, y exclama: ¡Justos cielos! ¡qué angustia es esta! ¿Es posible lo que oigo? ¿y es posible que Valdemaro sea muerto? ¡Qué! ¿es muerto Valdemaro (preguntó sobresaltado el Capitan extranjero)? Valdemaro es muerto (respondió Andrónico). ¡Infeliz Dinamarca

(exclamó el extranjero)! ¡tanto tiempo hace que eres teatro de tragedias y desgracias! Lloraste inconsolable la muerte violenta de tu insigne Heroldo, gemiste despues oprimida baxo el tirano yugo de Christerno; y quando comenzabas á respirar libre de tan injusta opresion, quando comenzabas á recobrar la antigua alegría, con la esperanza de ver ocupado tu trono por Valdemaro, el digno hijo de Heroldo; la muerte, la cruda muerte ::: pero ¿para qué queremos ya nuestras vidas, ó miserables Dinamarqueses (prorrumpió con nuevo ímpetu convirtiéndose á los suyos)? ¿para qué queremos nuestras vidas? Muramos, muramos todos á una: yo soy el primero que envayna-

ré la noble espada en mi pecho::: Si con nuestras vidas (dixo Andrónico asiéndole por el brazo) pudiéramos recobrar la de Valdemaro, ya hubiera ofrecido yo la mia al duro hierro: pero nosotros en vez de obligar al cielo con nuestras súplicas, no hacemos mas que irritarle con nuestras desordenadas resoluciones. No sentiréis vos tanto como yo la desgracia de Valdemaro, no; el Capitan Lobdrock no compadecerá tanto la muerte de Valdemaro, como la compadece el desterrado Andrónico. ¿Qué oigo (preguntó Lobdrock)? ¡Andrónico! ¿Vos sois Andrónico, aquel sabio Ministro á quien tanto tiempo llora Dinamarca! Permitid que os estreche entre mis brazos::: ¡Oh, qué feliz

hallazgo! ¡qué alegría, si no la acibarara la muerte de Valdemaro! y si es muerta su hermana Ulrica-Leonor :: No es muerta (respondió Andrónico bañado en lágrimas), pero está casi sin vida en esta misma nave: todavía no la hemos podido restablecer del mortal desmayo que le causó la muerte de su hermano ::

Pero ¿cómo es posible que falte el cielo á sus promesas (prosiguió con nueva fuerza)? ¡Quántas veces nos ha asegurado, que Christerno caería del trono que ocupaba con ignominia, y que Valdemaro entraria á poseerlo! ¡Alberto! :: ¿con quánta puntualidad hemos visto verificado lo que me vaticinó aquel inmortal anciano? ¿No se ha cumplido ya la

ruina de Christerno? pues ¿cómo dexa ahora de cumplirse lo que mas interesaba á nuestro sosiego, y á la felicidad de Dinamarca? ¿Es posible que en esto solo se engañe Alberto, y nos falte el cielo? No es posible. Yo lo estoy viendo, y no me atrevo á creerlo: el cielo es infalible.

Apénas dixo, quando los del navío Dinamarques, llamando á su Capitan, saliéron diciendo á voces: Señor, los remedios que mandasteis aplicar á ese mancebo que poco ha recogimos, han sido muy de provecho, pues ya comienza á dar señales de vida. Así como despues de una desenfrenada borrasca que todo lo ha puesto en desórden, comienzan los apacibles zéfiros á serenarlo todo con

sus dulces soplos , quedando las vecinas riberas en una suspension alegre ; del mismo modo quedó el agitado corazon de Andrónico , quando acabó de oír las nuevas de los marineros. Sin mas motivo que la confianza que siempre tenia fixa en las promesas del cielo , sintió renacer en su alma una alegría rara vez experimentada , que le prometia felices sucesos aun en medio de tantos desastres : ¡ Gran Dios ( exclamó ) ! ¡ si será Valdemaro ! ¿ Qué se anegó Valdemaro ( preguntó Lobdrock ) ? Una inclemente ola ( respondió Andrónico ) le arrebató desde el borde del navío poco ántes de ahora ::: ¿ Qué alegres esperanzas siento reverdecer en mi alma ? ¿ Qué dulce inquietud

es esta , corazon mio ? Acudamos pronto , Lobdrock ; desvanecemos nuestros temores ; veamos qué mancebo es ese ::: ¡ Ah, Dios mio ! haced que en este dia brille mas que nunca vuestra inescrutable Providencia.

Inmediatamente pasaron al otro navío Andrónico , Parimando , Lobdrock y otros principales. Andrónico , regando con sus lágrimas la encanecida barba , y fixando tal qual vez los ojos en el cielo con la mas viva expresion , iba infundiendo nuevas esperanzas en sus compañeros ; y apenas pusieron los pies en el navío , viéron tendido boca abaxo sobre un lecho , á un mancebo que apenas podia respirar con dificultad. Míranlo atentamente Andró-



nico y Parimando, y como si un mismo espíritu les moviera los labios; exclamaron: ¡Eterno Dios! ¡quán infalibles son vuestras promesas! y diciendo esto, se abraza Andrónico con el mancebo, báñale el rostro con sus alegres lágrimas, llámale repetidas veces con el epíteto dulce de hijo, y tanto le estrecha entre sus brazos, que parece queria infundirle el mismo espíritu que le animaba. Valdemaro, hijo mio (le dice), hijo mio Valdemaro, ¿es posible que os vuelvo á recobrar? ¿que os aprieto contra mi anciano pecho? :: Dinamarqueses, este es vuestro Rey.

Como quando una madre viuda y desconsolada recobra de improviso al hijo único que la cruel

fortuna le habia arrebatado en la flor de su edad, dulcemente enagenada no sabe como expresar el contento que la inunda; del mismo modo, transportada sabrosamente la tripulacion, no sabe como manifestar el golpe de alegría que sintió, viendo en el navío al mismo Valdemaro que poco ántes lloraba sin consuelo. Unos arrojan al viento los sombreros, otros disparan la artillería, quales se encaraman por los palos á coronarlos de grímpolas y gallardetes, otros se zambullen en el agua para desahogar su alegría, y todos por diferentes maneras, procuran manifestar el contento que les cabe.

Tan alegre estrépito, acabó de infundir en el corazon de Valde-

maro los espíritus que habia perdido. Comienza á mover los brazos, abre los ojos, mira como extático á los circunstantes, y dice: ¡qué es lo que veo! ¿vivo yo aun? ¡Qué nuevos semblantes son estos! Parimando: Andrónico ::: pero ¿y mi hermana? ¿qué se ha hecho mi hermana? ¿vive? Sí, dulce hijo mio, vive vuestra hermana (respondió Andrónico): ¿por ventura podia faltar el cielo á sus promesas? No era posible. Volved vuestros amables ojos hácia todas partes, y os veréis rodeado de vuestros fieles vasallos los venturosos Dinamarqueses, que han venido solícitos á buscaros, viéndose libres del insufrible yugo de vuestro hermano, que miserablemente se dió la muerte.

¡Qué escucho! ¿Christerno es muerto (preguntó Valdemaro)? Sostenedme, amado Andrónico, apoyadme sobre vuestros brazos ::: no es tan feliz esa nueva como imagináis. ¡Infeliz hermano! digno eres por cierto de muerte tan desastrada, pero yo te compadezco. ¿Puedo dexar de sentir tu desgracia? No, no se ha extinguido todavía la dulce llama que la naturaleza enciende en las venas de dos hermanos. Christerno, desgraciado Christerno ::: ¡Oh Gran Dios! ¿quán miserable es el hombre, quando le abandonáis á la ceguedad de sus pasiones? ¡Qué días de horror y de tinieblas! ::: Lamentad su desgracia, Dinamarqueses, sentid que Christerno se hubiese hecho digno de muerte tan infeliz.

Dicho esto , se reclina otra vez sobre el lecho , y da libre curso á sus lágrimas ; pero acordándose al instante de su hermana , se levanta de improviso , y deseoso de ver la situacion en que se hallaba , ordena pasar al navío de Parimando. Hállala desmayada todavía , tómala en sus brazos , báñale el desfallecido rostro con sus lágrimas , y se restablece. Abre los ojos , y viéndose en los brazos de su hermano , dice como quien acaba de despertar de un profundo sueño : ¡ Ay de mí ! ¡ qué violencia ! ¿ estoy despierta ya ? ¡ qué sueños tan funestos ! Ahora poco hace , ó hermano , apénas me rendí al sueño , ví levantada una tan furiosa tormenta , que ni podian mani-

obrar los marineros , ni les quedaba esperanza de salvarse. Embravecióse por instantes , y subiendo las enfurecidas olas hasta la cubierta del navío , se os llevaron tras sí á sus abismos. Quíseme arrojar tambien para morir en vuestra compañía , no lo consintieron estos caballeros , y me quedé oprimida de dolor tan vehemente , que aun ahora parece que lo estoy sufriendo en el alma ; y me hubiera quitado la vida á no despertar tan pronto , y ver que ha sido ilusion. Esta sencilla relacion de Ulrica-Leonor hizo correr lágrimas de alegría por los rostros de los circunstantes , viendo que tenia por ilusion lo que habia sido realidad.

Despues de esto , la informó

Andrónico de todo lo sucedido en Dinamarca, y le hizo saber como el Capitan Lobdrock habia llegado poco ántes con la noticia, juntamente con la comision para buscar á Valdemaro y conducirlo á Dinamarca, que ansiosa lo esperaba para ceñirle la corona. Pero queriendo Valdemaro saber los motivos de la funesta muerte de su hermano, rogó á Lobdrock que los refiriese con puntualidad, como lo hizo inmediatamente en esta forma.

Ya sabeis como colocado Christerno en el trono que usurpó con escandalosa violencia, comenzó á trastornar el buen orden que habia en Dinamarca. Viéronse abatidos los hombres de providad, ensalzados los infames

aduladores, repartidos todos los cargos entre la gente de corrompidas costumbres, tratados con ignominia los personages mas zelosos del Reyno: en una palabra, se viéron desterrados los Andrónicos, los Hiarnes, y puestos en fuga los Gesneros, los Halleres, y demas Ministros que sostenian con rectitud la corona sobre la cabeza del Grande Heroldo.

¿Qué felicidades podia prometerse el pueblo de un Rey tíranicamente intruso, que no sabia extender la mano sino para oprimir? Todos aparecian temblando en su presencia, porque en vez de aquella magestad agradable que deben respirar los Sobranos, se veian estampados sobre su frente el ceño y la fie-

reza: ni aun aquellos que lograban su privanza, tuvieron jamas la fortuna de verle sin sobrecejo.

La Religion y la Política, que inspiran benignidad para perdonar flaquezas, zelo para reprimir escándalos, y una sábla sagacidad para establecer un trono mas importante sobre los corazones de los vasallos, fuéron desterradas de palacio. El espíritu de justicia y de verdad, que es la brúxula de los Soberanos, huyó léjos del trono, y lo abandonáron la prudencia, la equidad, la dulzura, y demas gracias que constituyen un Príncipe agradable á Dios, y á los hombres.

¿Cómo podria sufrir Dinamarca tan abominable Rey, quando acababa de perder al amable

Heroldo? Dinamarca que esperaba ver reemplazado por Valdemaro el trono que iba á desocupar sosegadamente su anciano padre, ¿cómo podria sufrir el tirano yugo de Christerno? Dinamarca comenzó á pensar sériamente sobre su esclavitud, y observó á breve tiempo, que podia sacudirla sin dificultad, porque aquellos Ministros aduladores que él mismo habia elegido, se quejaban ya de su infelice suerte. Enormemente oprimidos baxo el terror que les infundia una cabeza feroz, estaban resueltos á fomentar qualquiera empresa facciosa, que pudiera conspirar á su ruina.

No tardó mucho á herir los oidos del Rey el infausto eco de este sordo rumor, ni tardáron á

atormentarle con mas crueldad los remordimientos de su conciencia. Aun mas que el bien fundado rezelo de alguna sublevacion, le atemorizaban su padre muerto, y su hermano infamado. En vano doblaba las guardias, en vano exterminaba á los que mas temia, porque quanto mas excesos cometia su ferocidad, tanto mayores eran los temores que le despedazaban. Las guardias podian tal vez librarle de alguna tropelía del feroz vulgo, pero no podian reprimir el tropel de sus remordimientos, ni eran capaces de impedir las horribles visiones que le espantaban. O fuese efecto de su dañada fantasía, ó fuese realidad, se dice que veia repetidas veces en el cielo, sobre su

mismo palacio, un horrible cometa con la figura de una espada, y que al mismo tiempo oia espantosas voces en el ayre que le amenazaban con su ruina. Lo cierto es, que el infeliz Christerno, ántes que experimentase ninguna rebeldía en sus vasallos, se pasó el infame pecho con su espada; y lanzó su abominable alma envuelta en la sangre que le salia por la herida.

Los Dinamarqueses, viéndose libres de tan tirana opresion, comenzaron á respirar con desahogo; y sin pensar mas que en la feliz quietud que iba á renacerles, salen ansiosos en busca de Valdemaro y de su hermana. Cada uno va por su parte deseoso de ser el feliz descubridor, y pues yo he

tenido la fortuna de serlo, justo es que de nuevo lo publique.

Dixo: y haciendo señal, comenzaron otra vez los marineros á disparar la artillería, y hacer otras expresiones del contento que les inundaba. Luego se hicieron á la vela ambos navíos, y en breve llegaron á Copenague, donde fué recibido Valdemaro con general aplauso, y coronado despues con alborozo, con júbilo y con alegría de toda Dinamarca.

FIN DEL TOMO II.

Massachusetts - 1867



